

Mario Bellatin

Carta sobre los ciegos para uso de los que ven



13

«Preguntan ahora que quién es el autor, y la respuesta es que no hay. El verdadero creador, Isaías, es la luz sobre la luz.»

Dos hermanos ciegos viven internados en un centro psiquiátrico. Su comunicación es complicada: él es sordo y ella escucha parcialmente gracias a una operación. Mediante una pequeña computadora que ella lleva siempre colgada al cuello, consiguen salvar este obstáculo. Pero no es el único: la colonia es atacada frecuentemente por perros callejeros que suelen matar a sus habitantes y devorarlos.

Hasta allá llega un día un escritor fallido para dar un seminario literario basado en la novela *Las vacas*, de Lydia Davis. El hombre, un tal Bellatin, propondrá a los internos que escriban juntos un libro en una semana, una obra conjunta que parezca de una sola persona. Esta historia, escrita por ella y leída por él, se moverá entre diversos mundos y será al mismo tiempo ficción y realidad, un incesto, un barco asediado: cualquier cosa que imaginen los habitantes del centro psiquiátrico gracias al poder de la literatura.

Este texto estuvo bajo el cuidado de la señora Guillermina Olmedo y Vera.

Mario Bellatin

Carta sobre los ciegos para uso de los que ven



Título original: *Carta sobre los ciegos para uso de los que ven*

Mario Bellatin, 2017

Revisión: 1.0

04/01/2018

Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el pozo.

Mateo 15:14

Le pregunté sobre lo que entendía por espejo: Una máquina me respondió que pone las cosas de relieve, lejos de sí mismas, si están convenientemente colocadas en relación a ella. Es como mi mano, a la que no tengo que colocar junto a un objeto para sentirla.

Denis Diderot

Nota del editor . En la tradición japonesa existe un tipo de relato denominado Moroa Monogatari. Se trata de textos cuyos protagonistas son siempre discapacitados. Este tipo de narración se puso de moda en la isla tras los sucesos de Hiroshima.

Habitamos, Isaías, en la Colonia de Alienados Etchepare. Allí mismo, donde los reclusos convivimos con jaurías de perros salvajes, imposibles de erradicar. Los grupos de ayuda animal protestan cada vez que las autoridades intentan tomar medidas para impedir que los canes ataquen a nuestros compañeros. De cierta manera, todos aquí somos considerados pacientes. Los perros aprovechan cualquier descuido para matarnos a dentelladas. Principalmente a los internos con problemas de ubicación. A quienes de pronto ignoran dónde se encuentran y salen sin más, en medio de la noche, hacia el bosque que rodea los pabellones. Pero nosotros, Isaías, los ciegos y sordos, somos diferentes. Nos encontramos hospedados en otro punto de la Colonia de Alienados Etchepare, una institución pensada originalmente sólo para dementes. Quizá para que no les hagan preguntas con respecto a nuestra permanencia en un lugar semejante, de vez en cuando nos mantienen ocupados con algunos cursos que nos dictan un grupo de maestros invitados. El último lo llevó a cabo un escritor que, descubrimos luego de tratarlo, era un sujeto carente de talento. Fue la conclusión a la que llegó el grupo después de su intervención: se trataba de un escritor fracasado. Las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare nos trajeron, Isaías, a un autor que dejaba mucho que desear —para colmo físicamente deforme— con el fin de que nos impartiera un curso al final del cual, y de allí en adelante, seríamos capaces de redactar —sin necesidad de abandonar el lugar donde nos encontramos reclusos— nuestros propios libros. El sujeto llegó con la idea de lograr que entre los miembros del pabellón creáramos un texto en conjunto. Yo estoy internada aquí contigo, Isaías, sé que es inútil decírtelo: eres ciego y sordo como yo. Pero a diferencia mía, tú no ves ni escuchas. Yo, en cambio, soy ciega como tú, pero puedo llegar a oír algo. Lo sabes perfectamente, pero siempre quieres que te repita cómo, a partir de una colecta pública, se logró que me sometieran a una operación de implante coclear, la manera en que se conoce la inserción en el oído de un aparato que amplifica millones de veces los sonidos alrededor. En tu caso, Isaías, como sabes, no fue posible conseguir los fondos necesarios para una intervención semejante. Es por eso que eres ciego y sordo a la vez. Mientras tanto, mi trasplante debe servir para los dos. Esa fue la orden que dio nuestra madre luego de que me repuse de la operación. Por ese motivo, más que un par de ciegos y sordos que siempre andan juntos, para muchos somos casi hermanos siameses. Debemos estar unidos el uno al otro, Isaías, en todo momento. Yo llevo cargada del cuello, atada con una cuerda gruesa una computadora portátil donde voy anotando lo que sucede en la vida cotidiana, lo que escucho a lo largo del día. Esta computadora está conectada al aparato electrónico de Braille que tienes contigo siempre entre las manos. Se trata de un instrumento en forma de tubo donde se van activando señales según las teclas que yo presione. Es de ese modo como te has ido enterando en todo este tiempo, Isaías, de los pacientes muertos a consecuencia de los perros salvajes que habitan en los bosques de la Colonia de Alienados Etchepare. De las marchas que, de vez en cuando, organizan en las afueras de la institución los grupos de defensa de la vida animal con el fin de impedir que las autoridades acaben con las jaurías. Te he contado más de una vez que jamás nadie ha reclamado por la muerte de un loco.

De este modo también —mandando señales a tu aparato— te voy explicando, Isaías, los pormenores del curso que nos imponen esta mañana de primavera. El escritor contratado llega al salón, lo presentan sin demora para, muy rápidamente, dejarlo solo con el grupo. De inmediato advierto que este maestro no tiene experiencia en tratar con ciegos. Lo intuyo. Eso me lo corroboran tanto tú como, semanas después, la supervisora de la Colonia de Alienados Etchepare, quien me describió cómo, al comenzar a explicar la forma en que iba a ofrecer el curso, movía con un énfasis exagerado el único brazo del que dispone. Apenas el maestro entró al salón, tú, Isaías, me mandaste el mensaje informándome que se trataba de un creador mediocre. Me dices que lo has sentido por el vaho que te llegó por medio del olfato. Qué destreza la que has desarrollado, hermano, de reconocer y reconstruir a las personas por el aliento que emanan. Pero tratemos, Isaías, de no decir más acerca de las sesiones de trabajo de este taller de escritura que nos ha impuesto el comité directivo de la Colonia de Alienados Etchepare. Nuestra madre estuvo de acuerdo, una vez que fuimos conectados uno al otro a través de los aparatos que cargamos el día entero, con la decisión de mantener nuestros secretos ocultos a los demás. Ese pacto, Isaías, de no hablar demasiado de las cosas que nos son ajenas, que no provienen de nuestro interior, lo hemos mantenido casi intacto. Habrá quienes creen que la información compartida va en un solo sentido. Mi computadora —que, como sabes, no abandono nunca— recibe también mensajes que me envías en forma constante. Los hay de toda índole. Casi siempre son asuntos divertidos los que me participas a través del tubo que llevas aferrado entre las manos. Sin embargo, Isaías, hay algunos que preferiría no fueran emitidos. Son los que, por lo regular, llegan a horas de la madrugada cuando me encuentro profundamente dormida, anunciándome que tienes la necesidad de utilizar el baño. Estando en el lugar donde nos encontramos, la Colonia de Alienados Etchepare, además de la pereza que me produce levantarme para conducirte a satisfacer tus urgencias, está presente el peligro que significa recorrer a oscuras las instalaciones del lugar. Ya te he contado, Isaías, que hasta ahora las víctimas de los perros que habitan en los alrededores han sido siempre pacientes seniles o dementes. Sin embargo, hasta hace relativamente poco me he puesto a pensar que tanto tú como yo somos parte del grupo de los internos más vulnerables. Lo hacemos con regularidad: salir ambos con dirección a los baños ubicados fuera del pabellón. Dos hermanos caminando a tientas, acechados por jaurías de perros en estado salvaje. A veces pienso, Isaías, en las razones que pueden llevar a los ciudadanos a clamar con furia —desde acá puedo oír de vez en cuando los gritos que emiten durante sus manifestaciones— por el respeto a la vida animal. Algunos de los manifestantes aducen que los animales han estado allí desde siempre. Que descienden, Isaías, de los perros que criaba el doctor Etchepare antes de morir y donar la mansión que habitaba con el fin de convertirla en una institución para enfermos mentales. Pero, según los testimonios escuchados, es imposible que todos estos canes provengan de una misma familia. La supervisora con quien converso de vez en cuando me cuenta que hay perros grandes y pequeños, de distintas formas y colores. Me parece, entonces, más creíble la teoría de que se trata de perros abandonados por sus dueños que, hartos de criar al

animal, lo arrojan en la zona trasera de la institución donde, me han contado, los muros están derruidos. El crecimiento de las plantas y malezas se confunde con lo que fueron los límites originales de la Colonia de Alienados Etchepare. La supervisora me refirió que cierta vez las autoridades de la institución y los líderes de las brigadas de defensa animal llegaron a un acuerdo: iban a recoger a los perros para trasladarlos a zonas alejadas. No los matarían, Isaías, sólo iban a ser reubicados. Fueron días de mucha actividad. Cuadrillas de hombres ingresaron a las instalaciones, seguidos de varios de los dirigentes. Me dicen, Isaías, que se tuvieron que utilizar incluso dardos anestésicos para cumplir con la misión. Que en total hallaron cerca de cincuenta perros que habían hecho sus madrigueras en los lugares más recónditos de la Colonia de Alienados Etchepare. Al enterarme de estos detalles, Isaías, pude darme cuenta de que nos encontramos en un territorio realmente grande y plagado de vericuetos. La misma supervisora me contó que aquella operación resultó inútil. Que se llevaron a los animales a cientos de kilómetros de distancia hacia el sur. Los transportaron a una zona boscosa y allí los soltaron. El fracaso del operativo se hizo evidente porque dos semanas después, los animales habitaban nuevamente en la Colonia de Alienados Etchepare como si nada hubiera sucedido. Y parece que regresaron hambrientos porque en aquel tiempo ocurrieron dos ataques mortales contra grupos de pacientes. Desde entonces se dejó de elaborar estrategia alguna en contra de las jaurías. Continúan allí. Me dicen que casi nunca se dejan ver. Sólo se aprecian algunos ejemplares, los que se han hecho amigos de ciertos pacientes e incluso —esto sólo es un rumor— de algunos empleados de la institución. Yo siento su presencia en las noches. Oigo que husmean alrededor de nuestro pabellón de vez en cuando. Sé también que no sólo se alimentan de los desechos de la cocina en el área de los basureros, sino que las brigadas que los protegen dejan costales de comida en la parte trasera de la propiedad, donde el muro se va deshaciendo hasta confundirse con la vegetación. Es uno de los misterios con los que convivimos: que luego de la fallida operación de traslado, las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare no hayan vuelto a tomar medida alguna en contra de la población canina. Me parece una actitud casi tan incorrecta como la de mantener dentro de las instalaciones al grupo de ciegos y sordos que habitamos este pabellón; y tan curiosa, asimismo, como la contratación de este escritor que va a tratar de enseñarnos la manera de redactar nuestros propios libros. Lo que vamos a intentar durante los próximos días, comenzó diciendo... y allí se interrumpió, Isaías, o yo ya no capté lo que quiso expresar. Empecemos, repitió. Mucho gusto; soy escritor y lo que pretendo hacer esta semana con la ayuda de ustedes es que entre todos construyamos un texto. Un libro. Así empieza el curso, Isaías. Luego de presentarse como te lo acabo de describir, nos informa que le parece superada la idea clásica acerca de los géneros literarios. Es cosa del pasado, recalca, hablar de novela, cuento o ensayo. Quiero que hagamos un texto que no lleve ninguna de las etiquetas de costumbre. Desea un escrito, Isaías, que dé la impresión de haber sido realizado por una sola persona y no por el grupo en general. Pretende llevar a cabo semejante ejercicio con el fin de recrear, en cada uno de nosotros pero de manera colectiva, lo que experimenta un autor cuando escribe en

medio de la soledad más absoluta. Nos pide que no hagamos caso, Isaías, a impedimentos externos. Y menos aún a las limitaciones físicas presentes en cada uno de quienes estamos reunidos en el salón. En este momento llegan más compañeros. Piden que los disculpen. Algunos aducen que se perdieron en el camino. Alguien dice que preguntó la dirección a un transeúnte y lo mandaron por la ruta contraria. Otra asegura que a la hora pactada no estaba disponible el chofer que la traería a tiempo a la Colonia de Alienados Etchepare. Tanto tú como yo, Isaías, sabemos que es mentira. Que ninguno viene de otra parte. Que todos nos encontramos internados de manera clandestina en uno de los pabellones que integran la Colonia de Alienados Etchepare. Para muchos aquello da la impresión de ser motivo de vergüenza. Tanto tú como yo lo hemos discutido más de una vez: si nos sentimos cómodos perteneciendo a una institución pensada sólo para dementes. Hablamos también de las condiciones en las que se encuentra, con problemas de calefacción y suministro de agua, y las no tan higiénicas medidas —eso me lo ha contado, Isaías, la supervisora en un momento de franqueza— con que preparan nuestros alimentos en la cocina. Ahora el escritor está explicando lo mismo al grupo que acaba de llegar. Nos está diciendo de nuevo a todos, incluidos nosotros dos, que la idea de sus visitas de estos días será la de recrear lo que sucede en el estudio de un escritor cuando se encuentra sin nadie al lado. El momento en que se enfrenta, sin compañía, a su propio trabajo. Uno suele sufrir cuando está realizando un texto, nos aclara. Se trata de un dolor algunas veces más espiritual que físico, continúa, aunque se detiene a describir la forma en que la mano se le cansa con frecuencia. Nos pregunta, entonces, que quién de nosotros no ha escuchado decir a los aspirantes a escritores que en ocasiones se bloquean o que no cuentan con el tiempo necesario para dedicarlo de manera completa a una práctica semejante. Otros se quejan de no poseer los conocimientos suficientes que les permitan redactar algo que valga la pena ser leído por los demás. Solemos pensar, continúa diciendo el maestro, que hay una manera única de hacer las cosas. La regla en este curso, Isaías, va a consistir en que cada uno de nosotros elabore solamente una cuartilla. Lo que pido es, dice el maestro, que de aquí al viernes tengamos un libro terminado. Yo entiendo que muchos de ustedes sufren de dificultades físicas. Sé que algunos no pueden ver; otros no oyen; hay dos que ni ven ni escuchan. Yo mismo debo teclear mis escritos en una máquina Underwood utilizando sólo un dedo. Sin embargo, no deseo que nuestra condición sea impedimento para lograr nuestro objetivo. Hoy es lunes. De aquí al viernes contamos con cinco días completos de trabajo. Recuerden que debe tratarse de un texto que posea la suficiente calidad literaria como para ser publicado en este y en cualquier otro país. En mi vida de escritor he realizado constantemente ejercicios semejantes, nos cuenta con una seguridad tal, Isaías, que cualquiera podría pensar que se trata de alguien famoso. El maestro continúa. Tú y yo sabemos que este curso no nos va a servir en lo más mínimo. Pero no tenemos escapatoria. Ni siquiera contamos con la persona adecuada para quejarnos. La supervisora con la que suelo comunicarme acaba de irse. Nos abandonó, Isaías, apenas presentó al escritor. Seguramente no aparecerá por el pabellón en los próximos quince días. Es más o menos el lapso que deja pasar entre visita y visita. Tampoco estamos en la

capacidad de aducir una enfermedad. Esta tendría que ser una afección doble. Tú y yo enfermos de lo mismo. Estoy segura de que no nos creerían. Y estoy segura también de que nada ganaríamos acostados todo el día en nuestras camas. Mientras tanto, Isaías, el maestro nos repite que el ejercicio que pretende llevar a cabo con nosotros lo ha aplicado antes a diversos grupos. Lo ha puesto en práctica con contingentes de inmigrantes que no llegaban a dominar bien ningún idioma. Con señoras de la alta sociedad. Le tengo —eso dice ahora, Isaías— especial cariño a quienes siguieron el curso luego de ganar algunos premios literarios en su comunidad. Someterse a esta experiencia de manera gratuita era parte del premio. Eso, Isaías, debe ser mentira. Es absurdo. ¿Cómo va a ser posible que un galardón literario incluya un curso para aprender a escribir? Ahora mismo alguien dice algo. Se trata de la muchacha aquella, Aníbal, la que ofrece masajes en un puesto que ha montado en la terminal del transporte público del sur de la ciudad, en un espacio conocido por muchos como “de las frotaciones de la ciega”. No, Isaías, Aníbal no se trata de un hombre: es una mujer, ciega como nosotros. Aunque a diferencia nuestra, sí puede escuchar sin necesidad de aparato alguno. Es invidente pero oye. Como cuando éramos niños, Isaías. Debe estar acostumbrada a llevar la vida propia de los ciegos de nacimiento. Seguramente, como yo antes, sabe tocar algún instrumento y puede, es probable, desplazarse por la calle guiada sólo por los sonidos del ambiente. Lo siento, Isaías, pero no pude captar lo que Aníbal quiso expresar. Ignoro siquiera si llegó a decir algo. Quizá ni terminó la frase. Ahora, como de costumbre, me pierdo un poco. Sin embargo, parece que alguien, no sé exactamente quién —no tengo la certeza de si se trate de la misma Aníbal— habla del posible uso de fotografías en los textos que estamos por crear. El maestro contesta, parece que algo sorprendido, que no esperaba semejante intervención. Que no imaginó que alguno de nosotros expresara el deseo de utilizar fotos para ilustrar los trabajos. Afirma que le llama la atención que seamos precisamente alumnos ciegos los que pretendamos algo semejante. El maestro está preguntando, Isaías, si alguno de nosotros sabe de la existencia de fotógrafos ciegos en el mundo. Todos se quedan callados. Dice que a lo largo de su vida ha conocido a dos. Uno de ellos estuvo casado con una actriz famosa y fue finalmente apresado por traficar con drogas. Qué espantoso lo que dice el maestro. ¿Te imaginas, Isaías, lo que puede significar estar encarcelado sin tener la opción de ver ni oír? ¿Sin tener noción de la realidad, Isaías, nada menos que dentro de un centro penitenciario? Voy a apuntar en mi cuaderno de notas para preguntarle después al maestro si sabe algo de la vida carcelaria de ese fotógrafo ciego que dice conocer. ¿Qué pasaría con nuestras existencias si fuéramos acusados de cometer un delito? Eso sería tu fin, Isaías. Me gustaría preguntarle al maestro, repito, y en algún momento lo haré, cómo pasa sus días preso el fotógrafo ciego que traficó con drogas. El otro fotógrafo que el maestro dice conocer es alguien oriundo de Europa Central. Un lituano que nació tuerto, Isaías, y que, en la infancia, mientras jugaba con otros niños, sufrió un accidente que le hizo perder la visión del ojo que le quedaba. Ese hombre acostumbra, hasta el día de hoy, organizar exposiciones y dar conferencias en distintos países. Cada vez que acaba alguna de esas intervenciones,

como si fuera una manera de despedirse de su auditorio, se pone de pie delante de su mesa de conferencista y, con una sonrisa en la cara, levanta la cámara y toma una foto a los presentes. Luego de hablarnos acerca de estos dos fotógrafos que dice conocer, el maestro señala que debemos tratar de escribir cosas que no estén escritas. Esto, Isaías, me parece una obviedad. ¿No lo crees, acaso? Quiere explicarnos que escribir lo ya escrito es asumir que se está realizando una copia. Ya no tengo duda, Isaías, de que el maestro que contrataron los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare piensa que no tenemos criterio. Quizá sea una de las razones por las que no parece importarle nuestra presencia. No te lo he dicho antes, disculpa, Isaías, pero casi desde el principio tuve la impresión de que el maestro en realidad habla consigo mismo. Entre otros motivos lo pienso porque de manera constante cambia de un tema a otro sin mayor transición. No creo, Isaías, que te hayas percatado de algo semejante porque yo, tu hermana, he tratado de evitarte esa incomodidad. Así pues, cada vez que siento que el discurso del maestro se vuelve incomprensible, te lo voy modificando, te lo hago más asequible, con el fin de no crearte mayor confusión. Ya bastante tienes con ser ciego y sordo. No veo el motivo por el cual un discurso deshilvanado deba empeorar tu situación. Una cosa es lo que yo te transmito y otra muy distinta lo que nos dice el maestro. Registro mayormente ideas, divagaciones que parecen dirigirse hacia un punto para, de pronto, tomar una senda que soy incapaz de comprender. Isaías, tú sabes, además, que, en honor a la verdad, tampoco podemos confiar, ni tú ni yo, en la efectividad absoluta de mi implante coclear. Y mucho menos en mi destreza para teclear todo el tiempo lo que voy escuchando alrededor. Tampoco confiemos, Isaías, ni en mi entendimiento ni en mi manera de comprender el mundo. Sabes que hago lo que puedo. Que trato de ser la hermana abnegada con la que soñó nuestra madre cuando hizo posible, después de tanto esfuerzo, que se me sometiera a la operación que nos une. Esa madre de la que odias oír hablar, Isaías, por habernos abandonado aquí... No, Isaías. Espera... No lo hagas, por favor. Te lo pido: no apagues el tubo y me dejes escribiéndole a la nada. Te prometo que si no lo haces, tocaré lo menos posible el tema de nuestra madre. No sabes lo horrible que puede llegar a ser la conciencia de encontrarme tecleando, con toda la rapidez de la que soy capaz, sabiendo que mis palabras no son recibidas por nadie. Y, como te lo he dicho más de una vez, yo percibo desde mi teclado cuando pones tu tubo en *off*. No lo hagas, te lo vuelvo a pedir por favor. Permite que sea todo el tiempo la transmisora del mundo que te rodea. Tu querida hermana abnegada. Sé que casi siempre te comunico las cosas mal. O lo hago a medias. En ocasiones, Isaías, sé que eres consciente de que incluso invento temas, intervenciones, diálogos que nunca se han llevado a cabo. El asunto es que no te sientas fuera del mundo. Que, por medio de mis señales, sepas que estás aquí. Tanto tú como yo, Isaías, formamos parte de la realidad. Nosotros, los hermanos recluidos en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare, nacidos ciegos y devenidos sordos, estudiantes en este momento de un maestro que se dice escritor y acechados por grupos de perros salvajes cada vez que por las noches debemos dirigirnos al baño. Una realidad que, en este momento, cuando debemos estar atentos a las palabras de un maestro de poca monta, se ha vuelto un tanto aburrida. El caso es, Isaías, que el

maestro contratado por los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare vuelve, por lo visto, una y otra vez, al tema de texto y fotografía. Afirma ahora que la cámara tradicional es ya de por sí una obra de arte. Algo que, además de su belleza intrínseca, le da la oportunidad a quien la utiliza de realizar una serie de operaciones manuales. Pone como ejemplo que además de tomar fotos, los usuarios pueden meter y sacar los rollos e introducirse después a un cuarto oscuro tanto para revelarlos como para realizar ampliaciones. Nos habla del olor característico de los químicos que se emplean en semejantes procesos. De las distintas —en verdad dijo *infinitas*— combinaciones que pueden realizarse para lograr imágenes únicas. En este momento nos está explicando cómo tomar una foto. Nos describe con detalle la manera en que debe cargarse la cámara, la forma para elegir el objeto que deseamos dejar registrado y las instrucciones que es necesario darle a la persona a quien se desea retratar. Se le debe pedir, entre otras cosas, que no se mueva porque la copia resultante puede presentarse borrosa. El maestro nos informa, Isaías, estar convencido de que lo que aparece en una foto debe estar más cercano al mundo propio que al real. ¿Para qué queremos la realidad tal cual? Su pregunta me sorprende, Isaías. Me llama la atención que conozca uno de nuestros secretos: que nosotros no necesariamente queremos ver y oír como el resto. Eso es cierto, Isaías, lo sabemos. Y al parecer, el maestro también. Existen momentos en que esta verdad se hace más evidente. Como cuando me encuentro sacudiendo tu miembro más de la cuenta. O las veces en que nos contamos, de manera repetida, la historia de los cocineros enamorados uno del otro, empleados de un barco que sufrió semanas atrás un ataque pirata y ahora navega a la deriva por altamar, mientras la tripulación sobreviviente va muriendo de a poco. Nos relatamos también la anécdota del agrimensor, aquel hombre que logró escribir cien libros a lo largo de su vida y luego quiso publicarlos en su poblado natal. También repasamos el pasaje histórico donde el profeta Mohammed mandó matar a la mayor cantidad posible de perros. La historia del barco es terrible, Isaías. Lo sabes bien. No trates de disimular. ¿Cómo van a tener algo de agradable o romántico las cosas que le va diciendo un cocinero a su ayudante dentro del agujero que han encontrado para guarecerse tras un brutal ataque pirata? Isaías, ignoro la razón por la cual cambiamos con frecuencia las versiones. Yo prefiero la que empieza más o menos así: Basta... no... mantente de ese modo, dentro de tu rigidez, amado discípulo; que mueran los demás y no nosotros en medio de tanta miseria. Tú y yo, amado ayudante, debemos dedicarnos ahora a dar de comer, ya no a los hombres de mar como era en un principio nuestra misión, sino a las ratas famélicas que nos observan. Isaías, hay algo que quiero discutir contigo. ¿Te has puesto a pensar con qué derecho se les ocurre a las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare contratar a un maestro que tú descalificaste desde un principio? ¿Por qué pagarle un sueldo a un tipo que no tiene la menor delicadeza y habla de cámaras y cómo hacer fotografías nada menos que a un grupo de ciegos? Porque, eso sí, Isaías, ciegos somos todos los presentes en el salón. Los únicos que también sufrimos de sordera somos tú y yo. Es más, para no amargarnos la existencia, en lugar de oír al maestro, te propongo que nos preocupemos mejor de las ratas que ya se encuentran

peligrosamente cerca de nuestros cuerpos. Las ratas que estamos viendo ahora, Isaías. Las mismas que hasta hace un momento se alimentaban de los últimos restos del cuerpo del anciano que, cuando los invasores te tomaron por la fuerza, lamía tu trasero entre una embestida y otra. Desde un principio, Isaías, te lo insinué, estuve en desacuerdo con su presencia. Por eso no fue tan repugnante para mi sensibilidad apreciar la manera en que los roedores se solazaban con aquella carne. Pero ahora las ratas nos están mirando con una fijeza particular. Siento sus ojos y las puntas de los hocicos entre las ranuras del agujero redentor donde nos introdujimos después del ataque. Las percibo mientras acaricias mi pene, Isaías, de una manera tan meticulosa de la que nunca pensé fueras capaz. En este momento lo introduces en tu boca. ¿Tratas acaso, hermano mío, de succionar las últimas energías de este cuerpo maltrecho que te ofrezco? Jamás te vi actuar con tanto afán. Recuerda, Isaías, que nosotros, en muy contadas ocasiones, hemos perdido las formas. Las mantenemos incluso cuando en las noches nos detenemos más de la cuenta en el baño de la Colonia de Alienados Etchepare. No las perdemos ni cuando me montas en medio de la oscuridad, sabiendo que los perros se encuentran al acecho. Ni las veces —y esa es la prueba del amor que, estoy segura, sientes por mí— cuando en un recodo del sendero me tiras de espaldas y al tomarme no utilizas un paño, algo para cubrirme el rostro. Soy consciente de que soy una mujer fea. Estoy convencida de que poseo una cara poco agraciada, Isaías. Tú lo debes saber, has desarrollado habilidades sorprendentes con el olfato. Sé que soy fea también por el tono de voz que adoptan quienes pretenden decirme que eso no es cierto. Lo reconozco, además, porque me puedo tocar a mí misma y sentir la textura de mi piel. Y tú, Isaías, pese a saberlo a plenitud, nunca has siquiera insinuado que me coloque algo sobre la cara. Yo he oído por allí, sobre todo cuando era niña y no había perdido del todo la capacidad de escuchar, que muchos hombres, con tal de saciar sus ansias, se van con mujeres que les resultan repugnantes y salvan la situación colocando una almohada o una toalla en los rostros de los cuerpos. Pero tú, Isaías, nunca fuiste capaz de algo así. Y como muestra de mi gratitud, en lugar de transcribir las sandeces en las que se explaya en este momento el maestro, describo para ti cómo el escorbuto hace de las suyas con los sobrevivientes en cubierta. Para mi sorpresa, Isaías, continúas succionando a pesar de que eres un muerto más y las ratas quieren dar cuenta inmediata de tu cuerpo. Cada vez succionas con mayor vehemencia, hermano mío. Ignoro incluso el instante en que las delicadas caricias pasaron a esta muestra vulgar. Tan asquerosa me parece ahora tu conducta que no cabría la más mínima posibilidad de placer. Entiendo que esto que me haces no es símbolo de ningún tipo de amor. Las muestras de amor en este barco duraron quizás hasta cuando quedaba algo del arroz que escondí para ti, Isaías, apenas sentí la inminencia del ataque tan fiero que sufrimos. Hasta entonces solíamos besarnos con dulzura. Acostumbraba sentir tu barba sobre mi piel. Me hiciste vivir lo que jamás pensé sería capaz de experimentar. Cuando nos presentaron, me dijeron: mire, este joven será su ayudante de cocina durante la travesía. En ese momento sentí deseo. Pero no imaginé que entre nosotros pudiera ocurrir algo fuera de orden: la cópula entre dos hermanos ciegos y sordos. Pero ahora, en estas

circunstancias no me importa decirte que lo que experimenté en aquel momento fue amor. Un amor que, estaba segura, no sería correspondido. Formamos parte de una tripulación de hombres, Isaías. Entiende eso. Somos el cuerpo masculino que lleva a cabo una travesía marina. Y, por último, de haberte gustado los hombres, tenías decenas para elegir. Pudiste haber escogido a un muchacho sano y fuerte, y no a tu hermana fea —sé que lo soy— que carga de manera constante una computadora al cuello. A una integrante más de la Colonia de Alienados Etchepare, cuya población viene siendo diezmada, no por un naufragio sino por jaurías de perros salvajes que habitan los inmensos jardines que rodean la propiedad. Al principio, lo recuerdo bien, Isaías, trabajamos sin casi dirigirnos la palabra. Te ordenaba cortar las papas, las cebollas, dejar a punto la textura de los panes. Cada uno cumplía a cabalidad con la parte que le correspondía de la labor. Aunque, a veces, Isaías, me quedaba mirándote más de lo normal. Jamás habría imaginado que te percatabas de ese gesto. Según yo, lo llevaba a cabo de manera discreta. Nunca pensé que conocías al detalle la atracción que ejercías sobre mí. Por eso, cuando vino el ataque, cuando el barco fue tomado por aquellos hombres, no pude menos que sorprenderme al ver que te ofrecías a los invasores con la condición de que no me tocaran y respetaran mi cuerpo. En esta misma escotilla del barco vi cómo eras poseído por aquella turba, una y otra vez. Me salvaste al poner aquella condición. Y sin embargo de esa forma me convertí en el testigo quizá necesario —es lo que quiero pensar— para que tu excitación hiciera más fáciles y expeditivos los actos a los que te prestabas. De alguna manera, Isaías, el espantoso sufrimiento que me causó ver cómo el objeto de mi deseo, más bien, de mi amor, era tomado de esa manera, valió la pena. Por eso ahora, cuando aquellos hombres ya nos han abandonado tras estropear de manera definitiva los instrumentos de navegación y saquear las bodegas, sólo me queda apreciar tu cuerpo. Al verte tirado, sangrante, con las piernas abiertas y mostrando la espalda, Isaías, me limito a constatar que no estás más conmigo. Que de nada sirve que te abrigue, que desee restregar ungüentos en tus partes mancilladas. Sin embargo, debo confesarlo, de alguna manera el trance por el que pasaste me causó un oscuro placer. Fue la oportunidad esperada desde que por primera vez bajaste a mi cocina. Las ratas nos siguen mirando y estoy segura, Isaías, de que si no hago algo pronto con tu cuerpo, se atreverán a depredarte como lo hicieron antes con el anciano que tenemos cerca. Ahora las atraerá seguramente hacia ti el aroma que despides. Yo sé que en este momento nos encontramos en uno de los cursos que nos ofrece la Colonia de Alienados Etchepare. En el taller que nos imparte un maestro con ínfulas. Pero permite, Isaías, a pesar de las obligaciones pendientes, que vea con tranquilidad cómo me succionas. Arriba, en cubierta suena de vez en cuando la campana que anuncia la muerte de un hombre de mar. No tardarán en arrojarlo a las aguas. Veremos sin ver y escucharemos sin oír, entonces, tú dormido y yo despierta con mi verga de hermana abnegada atrapada en tu boca, el ruido inolvidable que produce en el mar de altura el cuerpo exánime de un marinero cuando es lanzado al agua sin mayor ceremonia. Deseo, Isaías, una vez que dejes de realizar lo que estás haciendo, besarte en los labios. Restregar nuestras bocas. Aunque sé que esto que sientes por mí no es amor: succionarme con

ahínco no puede ser prueba de un sentimiento semejante. Te pido, eso sí, una disculpa por haber mantenido tu cuerpo fétido metido en este agujero tanto tiempo, después de la invasión del barco. Me parece que es eso, más que los líquidos que destilas, lo que atrae a los animales. Tengo la impresión de que es tu hermosa carne lo que los mantiene ávidos. Te amo, querido hermano. Y sí, tienes razón, me podría quejar con la supervisora, cuando la vea, de la torpeza implícita en que un maestro de literatura nos trate de enseñar a un grupo de ciegos las formas correctas de tomar una foto. ¿Crees, Isaías, que se esté burlando de nuestra condición? Todo es posible. Y ahora, para colmo, nos está hablando del trabajo fotográfico de un escritor llamado Juan Rulfo. Nos dice que se trata de un autor mexicano que, aparte de escribir, tomaba fotos. Sus imágenes son principalmente de zonas rurales del centro de su país de origen. Fotos de lugares como Jalisco, como Colima. Se trata de un trabajo tan bueno, continúa el maestro, que es imposible que ese creador no haya sido también un experto de la fotografía. Para desplegar tal grado de destreza, repite el maestro, debió haber tenido una estricta formación profesional. Cuando yo estudié, dice ahora, lo hice únicamente para justificarme ante mis padres aduciendo que me encontraba matriculado en una institución educativa. Isaías, ¿hasta cuándo vamos a aguantar a este maestro? Tengo un plan. Voy a ir en este momento a la Dirección —creo tener cierta idea de donde está ubicada— y les contaré todo. ¿Podrás quedarte solo mientras me ausento? Gracias. Isaías, Isaías, ya estoy de vuelta. Me acaban de informar los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare que ya están al tanto del proceder del maestro, pero aún no saben qué decisión tomar. Entre otras cosas, dicen que le van a reclamar haber hecho énfasis en la utilización de cámaras fotográficas. Además me informaron de la presencia de un extranjero que el maestro propuso como cronista de la experiencia. Yo en ningún momento advertí que en el grupo participara alguien semejante. Como lo oyes, Isaías, un sujeto proveniente de otras tierras que, además, ha estado entre nosotros desde el principio del curso. Los directivos siempre estuvieron al tanto de su presencia. Dieron incluso su aprobación. Me dijeron, Isaías, que también le van a llamar la atención por algunas palabras ofensivas que nos dijo. En cierto momento —¿lo recuerdas o me lo estoy imaginando? — hizo mofa de nuestros nombres. Expresó, delante del grupo, que era imposible que los hermanos ciegos y sordos se apellidaran así. No, Isaías, ¿cómo se te ocurre decirme eso? Yo jamás lo toqué, ni siquiera lo rocé. No lo habría hecho, Isaías, ni aunque me lo hubiera pedido en voz baja. Tú mismo ya me dijiste que no vale la pena. Me has informado desde el primer momento que no nos encontramos frente a una persona de fiar; imagino que, de no ser así, estaría ahora trabajando en otra parte o, como se supone, en la tranquilidad de un estudio. Un escritor reconocido debe pasar el día entero frente a los textos que está creando y no con un grupo como el nuestro. Nos vuelve a hablar de sí mismo. Expresa que comenzó a escribir a los diez años de edad. Durante su juventud tuvo problemas con la entidad educativa que eligió para seguir sus estudios superiores. Las cosas se complicaron porque, apenas empezadas las clases, se desató un conflicto de violencia política en la sociedad que habitaba en ese entonces. Por ese motivo la institución fue clausurada y el maestro pasó la mayor parte de los años del periodo

estudiantil visitando diariamente un parque donde escribía debajo de un árbol. Nos cuenta —lo oigo, Isaías— que desde esa época ya había notado que su persona aparecía todo el tiempo en sus textos. Dice estar seguro de que ese juego constante de apariciones acabará por aniquilar su escritura. Te costará creerlo, pero este maestro me está produciendo cierta compasión. Como bien lo sabes, amado hermano, al comienzo del curso —es decir, hace unos diez minutos— me molestó que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare hubieran contratado a un maestro de segunda. Sigo pensando, Isaías, que no debe de ser un escritor brillante. Sin embargo, por alguna razón me impresiona que haya pasado, como dice, toda la vida escribiendo. Pobre. ¿Con qué intención crees que haya hecho algo semejante? También me impresionó lo que nos contó acerca del país donde intentó estudiar. Imaginé las protestas en las calles. De alguna manera recordé los gritos que de vez en cuando escuchamos, proferidos por aquellos que se arremolinan ante las puertas de la Colonia de Alienados Etchepare donde nos hallamos recluidos. Me cuentan que aparecen con carteles donde se lee que los perros llegaron primero a la institución. Isaías, aunque no lo creas, incluso puedo ver al maestro. Lo visualizo de manera clara, escribiendo debajo del árbol. Me parece que intenta redactar una historia. Sé que me vas a decir que no hay relación entre estas cosas; estoy de acuerdo, pero mirar al maestro escribiendo debajo de un árbol me hace recordar la ocasión en que tú y yo juntos, el cocinero y su ayudante, nos debimos esconder dentro de un agujero situado en la escotilla de un barco invadido. El maestro afirma que no le importaba realmente seguir ningún estudio superior. Que fue feliz escribiendo debajo del árbol. Así el centro de estudios no hubiera estado clausurado, tenía la certeza de que no aplicaría ningún conocimiento aprendido a nada en particular. Deseaba solamente ser visto como alumno. Tanto tú como yo y el resto del grupo reunido ahora en este salón de la Colonia de Alienados Etchepare continuamos oyendo al maestro hablar sobre su vida. Nos informa ahora que algunos años después de haber estado escribiendo de manera cotidiana debajo de un árbol, decidió abandonar el país que habitaba en ese entonces. Con este fin presentó una solicitud para realizar estudios de cine en un país comunista. Nos cuenta que logró que lo aceptaran aunque, confiesa, tampoco sentía entonces el menor deseo de aprender lo que pudieran llegar a enseñarle. Deseaba ver películas, Isaías, con la única intención de observar con detenimiento sus distintas estructuras narrativas. Se sentía diferente a los demás. Hasta ese momento, nos dice, salvo en los estudios elementales, nunca había tenido compañeros. Se había limitado, durante años, a escribir debajo de un árbol. Creo que me enterneció verlo acostado ahí. Creo, además, —y disculpa que te lo diga así, de pronto— que me arrodillaría delante suyo si me lo propusiera. Entiendo que es preciso ser delicado. Isaías, Isaías, ¿te sucede algo? Apagaste y volviste a prender el tubo. De pronto sentí cómo las teclas de mi computadora comenzaron a correr con la velocidad inusual que se produce cuando pones tu aparato en *off*. Espero no haberte molestado, Isaías. Son asuntos que conozco sólo de oídas. Y tampoco siento el menor deseo de que el maestro que actualmente nos dicta el curso me haga ninguna propuesta. No tienes motivo para reaccionar así. Somos hermanos, Isaías. Ciegos y sordos, además. Entre nosotros no puede haber más que cariño fraternal. Yo

soy libre de probar lo que desee en determinado momento. No vayas a apagar el tubo, Isaías. Me parece suficiente —y terrible, además— que lo hagas cada vez que menciono, adrede o no, a nuestra madre... no lo hagas también ahora. Tú y yo, Isaías, no somos más que un par de hermanos, ciegos y sordos, abandonados por nuestros padres y recluidos en un pabellón clandestino de la Colonia de Alienados Etchepare, donde recibimos un curso de escritura impartido por un maestro que se dice escritor. Ya, Isaías, amado hermano, ten la seguridad de que nunca te voy a abandonar para irme con maestro alguno. Guarda un poco de calma. Escucha. Ahora que lo pienso con detenimiento, ¿por qué sería que el capitán del barco asaltado con tal violencia no lo mandó quemar inmediatamente después? Yo creo, Isaías, que una decisión de ese tipo, hacer que todos murieran de golpe, habría sido la más humana de las salidas posibles. Ya fuera por la acción de las llamas o ahogados en el mar, nos habría evitado la larga agonía y, sobre todo, la vergüenza de haber visto mancillados los cuerpos de tantos de nosotros. Como el tuyo, Isaías, que permitiste fuera penetrado con tal de salvarme del embate de esos bárbaros. Es grande la culpa que me da haber introducido, en medio de tanto alboroto, nada menos que mi pene en tu boca. Mi pene de hermana ciega y sorda dentro de la boca de mi hermano ciego y sordo. ¿No te parece el colmo, Isaías? Nadie habría podido imaginar que horas antes de aquel suceso yo, tu hermana abnegada, me encontraba a tu lado y que, muy respetuosos el uno del otro, organizábamos el menú del día eligiendo los ingredientes que alimentarían a los hombres de mar. No sospechábamos —no había manera, Isaías— que en poco tiempo tu cuerpo sería tomado por decenas de hombres. Así, seguramente fueron alcanzados los perros de Meca por las huestes del profeta Mohammed que proclamaban el monoteísmo como la buena nueva. Perros similares a los que en la Colonia de Alienados Etchepare son defendidos por organizaciones de ayuda animal cada vez que —al amanecer, casi siempre— se descubre el cadáver de un paciente de la institución. En aquella época, Isaías, los fedayines —los grupos nómadas de los desiertos árabes— empezaban a aceptar algunas de las ideas que trataba de divulgar el profeta Mohammed. Sin embargo, no se encontraban todavía seguros de si abandonar a sus ídolos no iría a ser un motivo más de desgracias. En un momento como aquel, con el tema del espanto general de la población causado por la matanza indiscriminada de perros, las dudas de los fedayines se acrecentaron. Mohammed no sólo había dado la orden de desaparecer a los perros, sino que los había declarado animales impuros. Una medida semejante a la que debería aplicarse en la Colonia de Alienados Etchepare con respecto a los animales salvajes que habitan los bosques alrededor de los pabellones. Alguien dijo, eso me lo contó cierta vez la supervisora, que la única salida sería prender fuego a la institución. Reducirla a cenizas. Prenderle fuego de la misma manera que —te lo comenté— debió hacerlo el capitán una vez que el barco comenzó a navegar a la deriva. Todos desaparecidos. Los perros salvajes, los dementes, el personal médico y administrativo, los internos del pabellón de los ciegos y sordos, el maestro que en este momento intenta ofrecernos un curso. Hechos ceniza la tripulación, el barco mismo, tu cuerpo tumefacto, los huesos del anciano que tenemos delante. Desaparecido mi pene de hermana abnegada, el recuerdo de

nuestra madre, que tanta ira te produce cada vez que la nombro. Perdido para siempre mi implante coclear, nuestros compañeros de pabellón, Christian, Juanita, el señor Antón, de quienes hasta ahora, Isaías, no te he contado lo suficiente. Casi todos, eso creo, son buenas personas. Sobre todo Christian y el señor Antón, mis predilectos. Pero, Isaías, no me quiero distraer de mi relato. Te estaba hablando de cómo los fedayines del desierto se encontraban todavía indecisos con relación a las creencias espirituales que debían adoptar. Adorar ídolos los había acompañado desde el origen de los tiempos. Habían oído, hacía poco, las ideas del profeta Mohammed, pero sólo algunos acudieron al nuevo llamado. Y ahora, Isaías, con la matanza de perros de la que eran testigos, parecían dudar de manera más intensa. Buena parte de la supervivencia de los fedayines dependía de los galgos que poseían. La presencia de esos animales dentro de su comunidad era esencial pues su vida se basa en la cacería de conejos y liebres del desierto. Para eso cuentan, Isaías, con un galgo en particular que, afirman, es el origen de todos los galgos y, se supone, el más veloz. Ante esto, los fedayines deciden ir en busca del mismo Mohammed. Tras un largo peregrinaje se arrodillan frente a su persona con la intención de informarle que con la muerte de los galgos ellos también desaparecerán de la faz de la tierra. En ningún momento se atreven a levantar la cabeza. ¿Deseas acaso, Mohammed, que tomemos de pronto a nuestros galgos, los desollemos y hagamos luego una pira con sus cuerpos en algún basural cercano? Al oírlos, Isaías, Mohammed quedó consternado, confuso. Alcanzó a informarles, haciendo que algunos de sus compañeros hablaran por él, que había mandado eliminar perros y no galgos. A pesar de que su pensamiento fue transmitido por sus seguidores, les contestó a los fedayines de manera directa. De la misma forma cómo tú, Isaías, lo haces cuando trabajas conmigo en la cocina, las veces en que te solicito, por ejemplo, que traigas algún saco de harina de la bodega del barco. Mohammed respondió de manera rotunda, Isaías. No de la manera en que lo haces tú mientras nos encontramos juntos en este agujero en el casco de la embarcación. Debes admitir, Isaías, que no estás contestando ninguna de mis preguntas. No recibo respuestas de tu parte mientras unto sobre tu piel los ungüentos que, imagino, serán capaces de curar las zonas dañadas de tu cuerpo. Siento que estás muerto. Así como lo oyes, querido hermano mío, siempre lo has estado. Por eso no entiendo cómo es que emites señales a través del tubo Braille pidiéndome distintos favores. ¿Estás en realidad presente a mi lado todo el tiempo? ¿Eres alguien a quien le puedo contar la forma en que el profeta Mohammed les contestó a los fedayines que llegaron a buscarlo? El Profeta expresó, Isaías, que jamás había ordenado hacer piras funerarias de galgos. Luego de oír aquellas palabras, los fedayines se colocaron en postura de oración. Uno de ellos, quizá el jefe del grupo, se atrevió a preguntar que si el galgo propio de sus caravanas no era considerado perro, entonces de qué clase de especie podía tratarse. El galgo de los fedayines no es otra cosa que un regalo de Aláh Todopoderoso, respondió el profeta Mohammed. Y un galgo sagrado, Isaías, no puede ser considerado sino un Lailajilalá. Lailajilalá. ¿No te parece una palabra extraña? ¿La habías escuchado antes? Me da la impresión, Isaías, que es el nombre del barco en el que navegamos. Aunque creo más bien que es la manera como nuestro padre te llamaba

a ti, Isaías, su pequeño hijo, antes de abandonarnos. Lailajilalá, mi adorado Lailajilalá, me pareció escucharlo decirte en distintas ocasiones. Sobre todo cuando se encontraba de buen humor. Pero también creo haberlo oído pronunciado por alguno de nuestros compañeros de la Colonia de Alienados Etchepare. No lo puedo afirmar, pero estoy casi segura de ello. Me parece que es la manera que tienen ciertos internos de llamar a alguno de los perros con los que se han encariñado. Pues no vayas a creer, Isaías, que todos los perros que habitan en la Colonia de Alienados Etchepare son salvajes. No, hay también de los otros. De los normales. De los que creo, Isaías, llaman Lailajilalá algunos de nuestros compañeros. Aunque, Lailajilalá, Isaías, puede ser también alguna palabra pronunciada por el maestro que tenemos delante. Por lo que me expresas a través del tubo creo que hasta ahora no comprendes con exactitud las razones por las cuales los habitantes de nuestro pabellón somos los únicos que recibimos cursos de vez en cuando. Me lo contó la supervisora cuando ya empezábamos a tenernos confianza. En realidad, Isaías, las autoridades de Salud Pública —que se encuentran por encima de las de la Colonia de Alienados Etchepare— no supieron qué hacer en determinado momento con nuestra presencia: con esos ciegos y sordos abandonados a su suerte en la ciudad. Parece que las autoridades responsables de casos de este orden no contaban ni con la experiencia ni con los recursos necesarios para habilitar una institución especializada. Por ese motivo se decidió, contraviniendo las normas propias de la institución, que fuéramos recluidos en la Colonia de Alienados Etchepare de manera clandestina. En los estatutos originales el doctor Etchepare había sido muy preciso al dejar por escrito que donaría la propiedad, situada casi en el centro de la ciudad, con el único fin de que sirviera como albergue a los enfermos mentales que no cuentan con las garantías necesarias para continuar con su vida. Ya te lo he dicho varias veces, Isaías: nosotros no deberíamos encontrarnos habitando estas instalaciones. Ni tampoco estar acostados con mi pene en tu garganta, en este agujero que descubrimos en el casco del barco. Se me hace un poco incómoda esta postura, Isaías. No sé cuánto tiempo la pueda mantener. No quiero pensar, ni por asomo, que sea algo relacionado con tu muerte lo que tiene sujeto de esta manera mi miembro a tu cuerpo. Eso sería espantoso. Me parece que ayer el maestro que nos dicta el curso nos contó una historia que guarda similitud con la condición en la que nos encontramos ahora dentro de este hoyo. Ya sabemos, Isaías, que nuestro maestro nunca estudió realmente en los centros educativos donde estuvo matriculado. Que su paso por esos lugares tuvo como único fin servir de apoyo a una escritura que venía ejerciendo desde los diez años de edad. Primero nos dijo que su universidad había sido clausurada por asuntos de orden social, y que esto lo obligó a escribir a diario en un parque, a la sombra de un árbol. Luego de algunos años de mantener una rutina semejante, partió con rumbo a un país extranjero, a una academia de cine donde tampoco le interesaron especialmente las materias impartidas. Allí dedicó varios meses a ver decenas de películas desde que amanecía hasta altas horas de la noche. Película tras película. Permaneció en aquel lugar durante cierto tiempo. El necesario, nos lo dijo, para darse cuenta cabal de la historia del cine. De pronto abandonó aquel centro de estudios y se fue a vivir con el resto de la

población. Habitaba —como lo sabemos porque lo comentó antes— en un país sometido a un régimen comunista. Parece que en aquel sistema se vivían carencias materiales considerables. El régimen obligaba —eso nos lo está diciendo ahora— a que la población tuviera cubiertas sólo las necesidades básicas. Es decir, algunos alimentos, medicinas de primeros auxilios y ropa casi siempre idéntica, a manera de uniforme. Te solicito, Isaías, de forma educada, que intentes no ejercer demasiada presión con tus mandíbulas. Te lo pido de la manera más amable. Deja, al menos, que acomode el cuerpo en una postura normal y logre así continuar atendiendo el curso en el que nos encontramos presentes. Aunque esta posición no es del todo cómoda, lo único que te imploro es que manejes con delicadeza tus mandíbulas. Que no pierdas el control que, supongo, mantienes todavía sobre ellas. Te voy a continuar participando de este modo lo que nos va diciendo el maestro. Nos cuenta que al abandonar la institución en la que había estado matriculado, se convirtió también —como muchos de los pobladores de aquella sociedad— en un joven necesitado. Dejar los estudios de cine había equivalido a quedar casi en la indigencia. Esto me duele ya más de la cuenta. Sí, querido hermano. Me parece que hemos llevado las cosas un poco más allá de lo normal. Tu cuerpo —no te lo he querido decir antes por el respeto que toda la vida me han inspirado tanto tu carne como tu espíritu— ha comenzado a despedir un olor difícil de soportar, parecido al del hombre que tenemos delante nuestro. Se trata de un anciano, lo sabes, Isaías. Lo curioso es que cuando estaba con vida, ese entrometido era ya puro hueso, hueso y pellejo. Como aquel cuento que nos contaba nuestra madre cuando éramos capaces de oír. ¿Te acuerdas, Isaías, de la historia de aquella mujer entrada en años que tenía dos perros, *Hueso* y *Pellejo*, y descubrió cierta noche que había un ladrón debajo de la cama? Ya, Isaías, compórtate como el adulto que eres. No puede ser que lo estropees todo cada vez que nombro a nuestra madre. Cálmate ahora; te prometo que cuando llegue el momento apropiado, discutiremos de manera seria este asunto. Pero ahora no. Te solicito, Isaías, que mantengas encendido todo el tiempo el aparato que llevas en las manos. Lo que recuerdo del cuento es que aquella anciana llegó cierta noche a su cuarto y descubrió que había un ladrón escondido. Trató de guardar la calma y se sentó tranquilamente en su tocador, delante de un espejo. Comenzó entonces a hablarse a sí misma dando paso a un rito lastimero. Se acariciaba el rostro mirando fijamente su propia mirada. “Puro hueso, eso soy: en puro hueso y pellejo me he convertido”. En realidad, Isaías, la mujer no estaba quejándose sino llamando a sus perros, que aparecieron inmediatamente en el cuarto y dieron cuenta del ladrón oculto. Las ratas, Isaías, no dejan de mirarnos. Ignoro las razones por las que el capitán no se atreve a prender fuego al barco de una vez por todas. Que nos queme a los sobrevivientes de la misma manera en que el profeta Mohammed ordenó quemar las pilas de cuerpos amontonados en el basural de Meca. Cuentan, Isaías, que las hogueras de perros ardieron durante días enteros. Que no fue sencillo reducir a cenizas los restos de aquella matanza. Mientras tanto, a pesar del dolor que me estás causando, debo transcribirte lo que el maestro nos está narrando en clase. En aquel orden social estandarizado —se expresó de esa forma, Isaías, para referirse al comunismo— todavía quedaban rezagos de la

sociedad anterior, y en la ciudad vivían una serie de ancianos que no habían abandonado el país a su debido tiempo. La mayor parte habitaba en casas que reflejaban un pasado de opulencia. Algunos vivían rodeados de los restos de una riqueza perdida. Escucho, Isaías... Ya no escucho qué más dice el maestro. Mi aparato coclear no siempre me sirve como quisiera. A veces pierde potencia y no oigo más que ruidos o, en el mejor de los casos, sólo silencio. El maestro parece haber olvidado que su misión, la idea que nos propuso al llegar, era hacer un libro juntos. Ahora me parece que sólo desea contarnos fragmentos de su vida. Pero no importa, Isaías. Total, tanto sentido. Luego de hablarnos acerca de las distintas peripecias por las que tuvo que pasar para sobrevivir en un régimen político semejante, nos hace saber que, de pronto, se encontró formando parte de un grupo de jóvenes ávidos, como su persona, de llevar una existencia con mayores comodidades que las asequibles al resto de la población. El grupo de jóvenes al que pertenecía el maestro tenía la costumbre de aceptar las invitaciones que les hacían aquellos hombres mayores que, en otros tiempos, vivieran en mejores circunstancias. El maestro y sus amigos solían visitar a uno en particular. Un tipo que había ido vendiendo por partes la mansión que poseyera alguna vez y cuya área de servicio habitaba en el presente. El caso es, Isaías, y disculpa que te lo cuente de esta manera, que el maestro y los jóvenes que lo acompañaban eran convocados a esas reuniones para hacer cosas con el señor. Nos dice que en cierta ocasión iban a recibir a cambio una lámpara de bronce o un plato de porcelana. El maestro no recuerda con exactitud cuál de los dos iba a ser la recompensa. Ten presente, Isaías, que esta historia está relacionada al dolor que me provoca, cada vez con mayor intensidad, la rigidez de tus mandíbulas. Deseo expresarte, además, la molestia que me causa no poder oír la clase de manera normal. Se supone que nos tienen a todos sentados, uno al lado del otro, en una gran mesa. Es por eso que no comprendo cómo podemos encontrarnos acomodados así y, al mismo tiempo, estar yo tendida encima tuyo. Prensada, Isaías, así me siento, y es la palabra apropiada para describir mi situación. Soy tu hermana; no me puedes hacer algo semejante. Yo no soy la culpable —aunque no dejes de pensar que pueda ser cómplice— de que nuestra madre nos haya dejado recluidos en la Colonia de Alienados Etchepare... No me lo sigas haciendo, por favor. Permite que continúe atendiendo el curso en paz. Sentada de manera correcta, en la silla que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare ha destinado para el salón donde nos imparten los cursos. Isaías, deja de acusarme y suéltame. Esto ya dejó de ser un juego entre hermanos. No me hagas sentir miedo. Evita que imagine que no vas a ser capaz ya de relajar esas mandíbulas. No me hagas daño porque pienses que defiendo a nuestra madre. Siempre la culpas de nuestras desgracias y no mencionas nunca a nuestro padre. ¿Crees que ignoro la razón por la que lo has absuelto, Isaías? Sé muy bien que no lo acusas porque no puedes olvidar las ocasiones en las que te decía, “mi Lailajilalá, mi adorado Lailajilalá, duerme tranquilo que nada te puede pasar”. Esa frase, Isaías, recuerdo que te la repetía luego de acostarnos. Y en este momento, con el cuerpo colocado encima tuyo en esta posición aberrante, no puedo menos que sentir temor de tus intenciones. El maestro cuenta que no tuvo que abrirse los pantalones en la habitación saturada de objetos de épocas pasadas. El señor, luego

de darles de beber, se quitó la ropa. No se acostó boca abajo en la cama de bronce instalada en el mismo recinto, como era su costumbre. Prefirió quedarse de pie y agacharse ligeramente, colocando los brazos en la esquina de un sofá estilo Luis XV. Acomodado de esa manera recibió al primero de los amigos del maestro. El señor empezó —era otra de sus manías— a gritar a viva voz. Siempre lo hacía, especialmente con el primero. Luego parecía irse calmando. El maestro creía que con esa conducta trataba de demostrarle al grupo lo amoldable que podía ser aún su cuerpo. Pero hubo un momento, Isaías, cuando el señor acababa de recibir al tercero, en que algo pareció salirse de control. De pronto se quedó en la más absoluta mudez. Cuando el amigo pensó que ya era suficiente e intentó separarse del cuerpo, no pudo hacerlo; empezó a darse cuenta de que se encontraba atrapado. Comenzó a pedir ayuda. El profesor y el resto de los amigos, quienes se encontraban sentados alrededor de una mesita de madera con marfil, se levantaron alarmados. El maestro nos informó, bajando un poco el tono de voz, que el anciano se encontraba muerto. Dice que entonces salió despavorido de la casa. Tomó rápido la lámpara prometida —era una lámpara, Isaías, y no un plato de porcelana— y se fue. Nos dice que esa experiencia lo llevó a tomar medidas radicales con relación a su escritura. Hasta ese momento había pensado ser escritor, pero era tan sólo una suerte de fantasía. No acostumbraba escribir de manera rigurosa, sino que lo llevaba a la práctica cuando se encontraba debajo del árbol que la cancelación de su centro de estudios lo obligaba a frecuentar. Pero no te preocupes, hermano adorado, mi Isaías, no es verdad que me estés produciendo ningún daño. A pesar de que nos moleste, dejemos que el maestro continúe hablando de su vida privada. No es cierto que me encuentre en este momento encima tuyo. Estamos sentados manteniendo una postura correcta, uno al lado del otro, en la mesa donde nos han dicho que nos sentemos. Ya sabes, te lo he informado en otras ocasiones, que recibimos esta serie de cursos ante la posibilidad de que alguien ajeno a la Colonia de Alienados Etchepare indague sobre nuestra permanencia en un lugar semejante. Les comunican a los de afuera, Isaías, —si por casualidad alguien preguntara por nosotros— que no somos internos; que nuestra presencia en este lugar no rompe con ningún estatuto pues somos un grupo de necesitados que acudimos a las instalaciones sólo a recibir, por unas horas, los cursos que nos ofrecen, para volver luego a nuestras casas. Ya has visto que a una de nuestras compañeras supuestamente la transporta cada día el chofer de la familia. Por su parte, Aníbal —que, ya te dije, no es hombre sino una muchacha como cualquier otra— sale de las clases del maestro para abrir el puesto donde ofrece “las sobadas de la ciega”. Incluso yo, en algún momento llegué a pensar que era cierto que muchos de nuestros compañeros visitaban la Colonia de Alienados Etchepare de manera ambulatoria. Le creí, sobre todo, a la muchacha de voz distante, la que acostumbra quejarse de lo impuntual de su chofer. Y pensé que también Aníbal entraba y salía para dirigirse a la central de autobuses. Llegué a imaginar incluso que el señor Antón vivía en otra parte. Sobre todo cuando lo oía presumir de los triunfos obtenidos ocasionalmente en los importantes campeonatos de ajedrez en los que participaba. Christian, debo decírtelo, Isaías, es guapo. Lo percibo. Así como tú reconoces a las personas por el aliento, así estoy

yo segura de que lo es. Christian afirma que por las noches toca música en un bar de moda. Nada menos que en el Lailajilalá, Isaías. Pero nosotros sabemos que *Lailajilalá* es solamente el nombre del barco en el que navegamos, enamorados el uno del otro. Las escenas que vivimos en la embarcación vuelven a mí de tal modo que te voy a solicitar, Isaías, que vuelvas a entrar en calor. Pareces haber olvidado que nos encontramos prestando atención al curso del maestro que intenta enseñarnos la manera de redactar nuestros propios libros. Apenas pueda, como te informé, le voy a reclamar a la supervisora por habernos enviado a este tipo de maestro. Tú mismo me has dicho, Isaías, que a tu olfato le llegó el hedor desagradable de su derrota. El olor del fracaso. Las ratas están mirando en este preciso instante tus partes íntimas. Las mismas que acaricio mientras sentimos cómo la muerte se despliega a nuestro alrededor. La muerte galopante que ordenó el profeta Mohammed en contra de los perros, a los que, además, declaró impuros por el resto de los tiempos. Ignoro si ya lo sabes o si estoy repitiendo esta historia. Sin embargo, tanto tú como yo, Isaías, pensamos que podemos volver a contarnos todo sin cesar. Isaías, me haces olvidar que nos encontramos sentados en un salón acondicionado de la Colonia de Alienados Etchepare, un lugar exclusivo para dementes, según la última voluntad de su dueño cuando donó la propiedad. El asunto de los dogos que supuestamente formaban parte de la donación inicial es algo que quedará siempre en la duda. Ni la misma supervisora lo sabe. Ignora si el doctor Etchepare dejó por escrito la condición de que el recinto sirviera de cobijo también a la descendencia de sus perros. A aquellos animales que, en algún momento, se volvieron salvajes y devoran, al primer descuido, a cualquiera de los pacientes recluidos aquí. Hasta ahora, Isaías, me lo ha informado en repetidas ocasiones la supervisora, no ha salido a la luz el documento que lo certifique. Además, ya te lo expliqué, son tan diversas las formas y colores de los animales que es imposible que provengan de un origen común. La supervisora me ha comentado, incluso, que cada uno de los canes cuenta con una manera particular de atacar. Me ha dicho que los que tienen aspecto de perros policía agreden de manera solitaria. En cambio, los pequeños, esos que semejan terriers o perros salchicha, acostumbran rodear en grupo a los pacientes que han elegido como presa, y los hacen primero tambalear y caer al piso para luego arremeter con una escabrosa multiplicación de pequeñas mordidas. Mordida tras mordida. Cortas y eficaces por su incesante repetición. Y, mientras tanto, ya llevamos acá, sentados en el salón de clases, más de dos días completos; y yo sigo sin entender cómo este maestro pretende que aprendamos a crear nuestros propios libros. No puedes darte cuenta de lo que en realidad ocurre, Isaías. Principalmente porque no te he logrado transmitir la mayor parte de los acontecimientos que han ido sucediendo en este salón que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare han acondicionado para nosotros. Es que, debo decírtelo de una vez, en la mayor parte de las ocasiones el maestro expresa asuntos que carecen de sentido. Ahora afirma, por ejemplo, que en la sociedad que se extiende más allá de los límites de la Colonia de Alienados Etchepare existen proyectos culturales en pleno desarrollo. Me parece que se refiere a la manera como se trabaja actualmente en la industria del libro. ¿De qué nos está hablando, Isaías? ¿Qué nos puede importar,

tanto a ti como a mí, que conocimos cierta vez a un hombre que se jactaba de haber escrito cien libros a lo largo de su vida, esa industria que da la impresión de extenderse? Me estoy refiriendo a ese individuo que apareció por primera vez en nuestras vidas durante el peregrinaje que emprendiera nuestra madre con nosotros dos a cuestas, una vez que se vio abandonada. El encuentro con el hombre de los cien libros tuvo lugar, como bien dices, cuando yo aún no había sido sometida a la operación. En una época en que los dos éramos un par de hermanos ciegos y sordos en toda la extensión de la palabra. Según supe más tarde, una vez que nuestro padre la dejó, se sintió demasiado desprotegida como para enfrentarse a los habitantes del lugar donde nacimos. El abandono de nuestro padre ocurrió, Isaías, cuando comenzaste a perder el oído. Cuando se empezó a comprobar que aquello no era casualidad, sino, más bien, un sino familiar. Al principio fui yo, la hija ciega adaptada de alguna manera a la vida cotidiana de una invidente, la que de pronto, a los nueve años quedó sorda por completo. Hasta ese entonces la familia guardaba la esperanza de que eso no ocurriera contigo. Pero a ti también, Isaías, al hijo menor, el Lailajilalá, te sucedió lo mismo al cumplir esa edad. Los dos hijos. Algunos médicos del hospital regional hicieron investigaciones someras, a partir de las cuales concluyeron que no se trataba de un síndrome; al menos no de uno conocido. Llegaron a la conclusión, Isaías, de que eso que nos había sucedido, tanto a ti como a mí, era pura casualidad. La constatación de aquel azar, avalado, además, por dictámenes oficiales, parece que empujó a nuestro padre a dejar la casa familiar el mismo día en que fueron a buscar al hospital el documento médico. A partir de entonces, nuestra madre se empeñó en trabajar duro y nos sacó adelante. No encuentro otra forma para describirlo. Y menos aún la manera más elocuente para agradecerte que no muestres ahora una conducta infantil. Está bien, Isaías, que no apagues el tubo, pero tampoco te quedes mudo. Ah, qué bien. Ya comenzaste a responder. No hagas aspavientos y escucha. ¿Te has puesto a pensar en lo que fue la vida de nuestra madre dedicada a limpiar casas de manera interminable? Lo hizo hasta que no pudo más y nos dejó. El hombre con quien había comenzado a verse puso como condición para llevársela que se deshiciera de sus hijos. Conforme su romance florecía, empezó a buscar por aquí y por allá, hasta que finalmente se enteró de que en la Colonia de Alienados Etchepare existía una sección casi secreta, donde nos podían alojar. Así fue como llegamos a este lugar. Yo, Isaías, tu hermana mayor, sorda y ciega como tú, comprendo y justifico a nuestra madre. No, no trates de apagar el tubo otra vez para no enterarte de las cosas que te quiero expresar. Mantén la conducta que mostraste hace unos momentos. Parece que bastó que te mencionara mi alegría al comprobar que no habías exhibido un comportamiento desproporcionado, para que ahora actúes como es tu costumbre. Aprieta el *on*, por favor. Escribo y escribo. No me parece justo que desconectes el aparato cuando te place. Sabes bien que me doy cuenta de cuando lo haces. Volvamos a mi narración, Isaías. Nuestra madre, lo sabes, fue abandonada cuando comenzaron a aparecer tus primeros signos de sordera. Cuando el pequeño Lailajilalá de nuestro padre empezaba a desprenderse de este mundo. Es así como muchos tienden a concebir a los ciegos y sordos como nosotros. Piensan que

pertenece a una realidad aparte. Yo, en ese tiempo, Isaías, ya no escuchaba nada. Me encontraba realmente fuera del mundo. Y ahora tú, sin tomar conciencia de los alcances de tu conducta —es lo que quiero creer—, me dejas suspendida en el vacío que creas alrededor de tu silencio. A diferencia de nuestra madre en el momento de su abandono, tú, Isaías, cuentas conmigo. Yo estoy aquí, presente todo el tiempo, para situarte en algún lugar de la realidad. Yo, tu hermana abnegada, estoy siempre a tu lado. En cambio tú no eres justo conmigo. A veces, debo decírtelo, no me pagas de la manera en que me gustaría que lo hicieras. Incluso aquella vez en que estuvimos en el agujero del barco me causaste un miedo y un dolor extremos. Miedo de que apretaras cada vez con más fuerza las mandíbulas. Tú, Isaías, frío, fétido, en la mira de decenas de ratas. Creo que el movimiento con el que me produces un daño cada vez más intenso es resultado sólo de una reacción instintiva de tu cuerpo. Y yo, Isaías, tu hermana, debo soportar todo lo que provenga de ti, porque eso forma parte del pacto convenido tras la operación. Siempre he cumplido contigo. No como tú, que ahora me correspondes de este modo y apagas el tubo ante la menor mención de nuestra madre. Enciéndelo ya. Pareces no darte cuenta de que yo debo no solamente escribir para ti sin parar, sino solucionar tus necesidades cada vez que lo requieres. Debo, entre otras cosas, ayudarte a orinar. Acomodarte también en el excusado. Dejarme montar cuando lo crees conveniente. A veces me has solicitado hacerlo en los jardines a mitad de la noche. Pero eso no es lo peor. Y te lo estoy diciendo ahora, en el momento en que soy consciente de la inutilidad de las palabras que voy escribiendo, sin destinatario sólo porque tú mantienes el aparato apagado. Aunque si así lo quieres, Isaías, en realidad no me importa cómo lleves el tubo. Después de hacerlo durante tanto tiempo de manera casi automática, me da lo mismo si debo o no escribir por gusto. Estoy acostumbrada. Escribir, escribir. Escribir a ciegas. Por ese motivo me parece más que una ofensa que los directivos de la Colonia de Alienados Etchepare contraten a un autor cualquiera. Repito, lo voy a comentar con la supervisora cuando me la cruce. Aunque algo hubo, Isaías, en las últimas palabras enunciadas por el maestro que me llegó a conmover nuevamente. Sucedió cuando nos narraba cómo durante un año de su vida estuvo escribiendo a diario a la sombra de un árbol. No, no se trata del árbol bajo cuya sombra se amparó durante la época en que una serie de disturbios de orden social obligaron al cierre del centro de estudios donde era alumno. Ahora se refiere a otro árbol, Isaías. El de los tiempos en que era propietario, según nos dice, de algunos galgos de cacería que lo acompañaban a escribir en un campo alejado de la ciudad. Esto ya no creo que sea verdad, Isaías, pero la imagen me parece bonita. Hay que creerle. El maestro nos relata que, para esas ocasiones, se vestía con túnicas hechas con harapos y que se internaba en los prados junto a sus perros. Mientras escribía algunos de sus libros —parece, Isaías, que ninguno de ellos ha sido publicado hasta ahora—, los galgos iban detrás de las liebres que habitaban aquellos llanos. Cuando alguien lo cuestionaba acerca de una afición tan ajena a toda norma actual como es la cacería, el maestro contestaba que para él, aparte de escribir, lo más importante era devolverle al galgo el instinto cazalibres. Sus perros pertenecían a una raza antigua. Ignoro si era la misma a la que el profeta Mohammed se refirió como regalo de Dios.

Antes de continuar escribiendo al aire quiero aclararte que no tienes autoridad alguna para juzgar la conducta de nuestra madre. A mí me tocó escucharla cuando nos vino a dejar a la Colonia de Alienados Etchepare de manera definitiva. Es verdad que prometió regresar más tarde. Sin embargo, y en ese punto te doy la razón, lo cierto es que nunca más volvió. Pero soy yo la culpable de tu sorpresa, y no nuestra madre. Al oírla gracias a mi aparato coclear, supe que no volvería jamás. Debí habértelo informado en su momento. Tienes razón. No estuvo bien haber inventado la serie de mentiras con las que traté de atenuar los hechos. Te pido que me perdones. Pero en lo que sí estás equivocado es en juzgarla. Cuando quedó con nosotros dos, ciegos y sordos y, además, sin marido que la defendiera, no tuvo más alternativa que la de salir del poblado del cual somos originarios. Vinimos de ese modo hasta acá. A una ciudad donde no conocemos a nadie... Y bueno, Isaías, ya basta. Estamos en medio de un curso de escritura. No voy a hacerte el recuento de temas que conoces de memoria. Pero sólo te quiero decir que la persona con quien se fue nuestra madre es un buen hombre. Enciende tu aparato cuando quieras. Yo voy a sentir el *on* apenas mis teclas se vuelvan de nuevo lentas. Pero antes de dejar de escribir a la nada, Isaías, deseo expresarte que cuando en horas de la madrugada me tomas en los jardines de la Colonia de Alienados Etchepare, parece no tener conciencia del peligro que corremos con los perros hambrientos que merodean a nuestro alrededor. Y estoy segura de que va a ser de esa manera —hallando al amanecer nuestros cuerpos sin vida— como descubran lo que estábamos haciendo. Pero, Isaías, a pesar de todo, ahora que vuelvas a encender el tubo, quiero que sepas cómo te admiro. Cuando se te haya pasado el enojo, deseo que te lleguen mis palabras de reconocimiento. Que tomes plena conciencia de que acepto todo lo que venga de tu parte, sencillamente porque nunca te dejaré de agradecer que no me cubras el rostro. Pese a que la supervisora me diga con frecuencia lo contrario, yo sé que soy una persona poco agraciada. Qué bueno que encendiste de nuevo el tubo. Está bien, Isaías. Estoy de acuerdo contigo. El asunto de nuestra madre no es un tema resuelto. Pero tampoco están solucionados otros pendientes. Por ejemplo, eso de los cursos de dudosa calidad que se imparten con el fin de no levantar sospechas no me queda del todo claro. No creo tampoco que sea adecuado —debes admitirlo— que hagamos ese tipo de incursiones al baño. Tampoco entiendo que grupos de personas arrojen sacos de comida detrás de los muros derruidos de la Colonia de Alienados Etchepare. No creo, de igual forma, que sea aceptable organizar marchas por los perros y nunca alguna a favor de los pacientes atacados. No es normal que un maestro que jamás ha publicado pretenda que un grupo de ciegos y sordos escriban sus propias obras. Y no me parece que esté bien —eso me lo acaba de informar la supervisora— que además de los problemas de agua, luz, calefacción y falta de higiene, los maestros y empleados de la Colonia de Alienados Etchepare cuenten con una malla metálica que cubre, aislándolo totalmente, el pabellón donde pasan las noches. Dudo también que sea propio que yo, tu hermana, trabaje de cocinero en un barco tomado por piratas y que tú seas mi ayudante. Las ratas nos miran, Isaías. Las atrae tu olor. Sabes bien que vi cómo fuiste tomado por aquellos hombres. Siempre estuvo presente el anciano. Otro testigo

de aquel episodio. Un anciano que reía cada vez que alguno de los hombres te abandonaba y en el breve lapso entre un encuentro y otro, intermediaba para refrescar con su saliva el lugar ofrecido. Finalmente tuvo que abandonar su rol. Me parece, Isaías, que no resistió el golpe asestado en la cabeza por uno de los invasores renuente a esperar. Allí quedó el anciano. Seco. Todavía se encuentran partes de su cuerpo aquí, al lado del agujero que hemos hallado para resguardarnos mientras los sobrevivientes en cubierta van falleciendo uno tras otro. El barco continúa a la deriva. No creo que llegemos a ninguna parte. Pero agradezcamos que, durante estos días, el cuerpo del anciano haya mantenido entretenidos a los animales que ahora nos observan. Advertí cómo fueron acabando con sus carnes. El maestro nos informa que cuando tengamos el material listo, cuando cada uno de nosotros presentemos la cuartilla solicitada, debemos encontrar la forma de unirlos para dar la impresión final de que han sido escritas por una sola persona. Por un autor solitario. Pone como ejemplo al hombre aquel que escribió cien libros a lo largo de su vida. Es la historia que, como ya te conté, sucedió en uno de los poblados por donde pasamos junto a nuestra madre en camino a la ciudad donde habitamos. No creas, Isaías, que estoy tratando de confundirte. Lo que sucede, hermano mío, es que no escucho bien. Tú lo sabes mejor que nadie. Sin embargo, me parece —no estoy del todo segura— que el maestro está hablando del mismo personaje o de uno similar. Aunque también es posible que yo no esté oyendo nada y escriba en mi teclado palabras cuya procedencia desconozco. En fin... El maestro señala ahora que en cierto lugar vivía un hombre que se hacía llamar a sí mismo agrimensor. Sí, sí, tienes razón, se trata del mismo oficio que afirmaba tener el individuo aquel. Pero, antes de que continúes haciéndome preguntas, ¿sabes, por casualidad, lo que significa la palabra *agrimensor*? Yo lo ignoro por completo. En aquella ocasión nuestra madre nos lo aclaró. Pero es cierto lo que me estás diciendo, Isaías: estoy mintiendo. Tienes razón cuando afirmas que aquello no puede ser verdad porque en ese tiempo ni tú ni yo podíamos ver ni escuchar. Entonces te propongo, para no confundirnos con lo que está sucediendo en este momento en el salón de clase, que olvidemos si alguna vez te conté una historia semejante. Ahora, nuevamente el maestro está hablando. Mi implante transmite de manera nítida sus palabras. Lo escucho como nunca antes. Señala que poco después de huir de la casa de aquel señor llevándose la lámpara, abandonó esa sociedad regida por leyes comunistas. Tiempo después se instaló en un país donde estableció la rutina de cazar con galgos y vestir túnicas. Allí conoció a una serie de escritores. Por lo visto, Isaías, ya va a comenzar a narrarnos otra vez aspectos de su vida privada. Como si aquello pudiera tener alguna importancia. Pareciera que las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare le hubieran solicitado que nos dictara un curso basado principalmente en sus ideas y experiencias personales. Afirma que para entonces ya era un autor reconocido y se encontraba, en ese momento, en un lugar de Estados Unidos. No, Isaías. No nos explica cómo fue que se convirtió en un escritor de tales características. Pero nos dice que los atardeceres en Times Square encierran un misterio particular. Se encuentra de pie, dice, frente a cientos de personas que cruzan la esquina entre Broadway y la Calle 42. Extrañamente, Isaías, el maestro nos confiesa ahora que está

arrepentido de habernos relatado la historia de aquel señor que lo recibía, junto a sus amigos, en una habitación decorada con un sofá francés. Ya ves, como te dije, el maestro salta todo el tiempo de una cosa a otra. Luego vuelve a estar de pie en esa esquina, obstruyendo con su cuerpo el paso de los caminantes. Nos informa que es necesario utilizar el recurso de crear personajes memorables basándose en la descripción de individuos sin importancia. Nos insta a hacer algo similar con la cuartilla que nos ha dado como tarea. Luego de oír esta sugerencia entiendo —en realidad no entiendo mucho— la razón por la cual no le agradó la idea de que inventáramos un Lailajilalá como centro de nuestros relatos. Ahora es Christian quien habla. Asevera en voz alta que el grupo de estudiantes, nosotros, hará todo lo posible por preservar la existencia del Lailajilalá. Le guste o no al maestro. Me parece, Isaías, que no es de buena educación la manera como se están planteando los asuntos. Menos mal que el señor Antón interviene. Explica que los griegos jamás se faltaron al respeto. Que discutieron distintos asuntos en medio de la mayor cordialidad. Hablaban de filosofía, de política o de plantas medicinales siempre de forma amena. Sin embargo, el maestro no parece hacer caso a las palabras de nuestros compañeros. ¿Será verdad lo que nos dice, Isaías? La historia del hombre que los recibía a cambio de objetos sí se la creo. El dolor que debió haber sentido aquel joven fue seguramente semejante al que me causas ahora. El maestro nos está diciendo que cerca de la esquina de Broadway con la 42 existe un local que funciona en uno de los antiguos depósitos de carne de la ciudad. Se le conoce como The Mother, aunque algunos asistentes lo llaman de otra manera. ¿Por qué nos está contando todo esto, Isaías? ¿Acaso no advierte que nos encontramos recluidos en una institución, la Colonia de Alienados Etchepare, amenazados por una jauría de perros salvajes? El maestro continúa. Nos informa que en algunas ocasiones la diversión en The Mother consiste en ver a unos sujetos apaleándose en medio del escenario. Al final del espectáculo suelen llevar al centro, en una fuente, un corazón de vaca, que es devorado entre todos. Pese a lo que algunos pudieran suponer, aquel espectáculo apela más a lo jocoso que a lo grotesco. Los otros días se acostumbra representar los vínculos entre amo y esclavo. Por ejemplo, nos dice que a veces aparece un enmascarado con su víctima. También presentan escenas de niños torturados por sus padres. En otras ocasiones, muchachas violentadas en los terraplenes del transporte subterráneo. En la puerta de entrada de The Mother se reparten volantes donde se anuncian las presentaciones de las fechas siguientes. Ofrecen, nos lo está informando, espectáculos de estudiantes que disparan contra los demás compañeros, de individuos que encuentran placer observando a otros mantener relaciones furtivas en parques y algunos eventos más que no alcanzo a entender... Aquí, Isaías, el maestro interrumpe su relato para hablar de la existencia de sujetos que muy temprano por la mañana arrojan migas de pan en los urinarios públicos. Al atardecer vuelven para recogerlas. Alguien que acepta darnos un curso a nosotros —un grupo de personas que habita de manera clandestina en una colonia psiquiátrica— no puede haber salido del país. Estoy segura en cambio, Isaías, de que el señor Antón, en los tiempos en que participaba en los torneos de ajedrez más importantes, visitó distintos lugares. Debo

decirte algo más sobre este hombre. Espero que no reacciones de manera inadecuada. Deseo informarte que todo lo que conozco de la religión musulmana, sobre todo las cosas que sé acerca del trato que les dieron a los perros cuando fueron declarados impuros, no lo aprendí en la escuela para ciegos como te lo expresé en algún momento. En realidad, me lo fue enseñando el señor Antón cuando, en las noches, aprovechaba que te encontrabas dormido para acercarse a mi cama. El maestro nos relata ahora que antes de regresar de Estados Unidos realizó una llamada telefónica a su casa. ¿Crees que sea verdad algo así? Me parece inverosímil que el maestro que tenemos delante contara con el dinero necesario para hacer una llamada de larga distancia. Nuestra madre —disculpa, Isaías, que la mencione— nos aleccionó sobre el elevado costo de este servicio. Incluso lo señalaba como una de las razones para no haberse comunicado jamás con ningún habitante del poblado donde nacimos. El maestro nos dice que habló a la ciudad donde en ese entonces residía con sus galgos. A través de esa comunicación se enteró de que un narcotraficante ciego —fotógrafo de profesión— estaba utilizando su casa como centro de operaciones. Insisto, Isaías, en que es demasiado extraño lo que nos relata. Quizá ya no sabe qué temas tratar; ya se le deben de haber agotado los secretos de escritura que aseguraba poseer. ¿Te acuerdas que al principio del curso nos dijo que eso era lo que iba a enseñar? Me parece curioso también que ninguno de nuestros compañeros de salón interrumpa esas palabras sin sentido. Conozco el ímpetu de Christian, la lucidez del señor Antón, la determinación de Azucena. Todos, sin embargo, permanecen como a la expectativa. El maestro menciona que durante el tiempo que estuvo dentro de la cabina telefónica, vio que al frente había una jaula pública gigante, reservada para que los perros del vecindario hicieran ejercicio. En ese lugar, a diferencia de lo que sucede en las secciones protegidas para el personal que labora en la Colonia de Alienados Etchepare, eran los perros y no las personas quienes se encontraban dentro de los cercos de alambre. Los dueños llevaban una bolsa preparada para recoger sus desechos. Qué asco me causa lo que nos está informando. No lo hemos comentado antes, pero no tenemos por qué estar expuestos a los desagradables asuntos que expresa cada vez que deja el curso de lado y se aventura a contarnos aspectos de su vida privada. Primero fue lo del hombre del sillón. ¿No se da cuenta, acaso, de que se trata de historias poco dignas de ser expuestas en un salón de clase? Ahora, Isaías, me resulta confuso seguir de manera atenta sus palabras. Imagino que estás cansado de que te repita la misma excusa. Por lo visto, el fotógrafo ciego continuaba ejerciendo sus acciones ilícitas en la casa del maestro, ubicada a cientos de kilómetros de distancia. Nos aclara que se trata del mismo que mencionó en otro momento, el casado con la actriz famosa. Imagino que ninguno de los presentes entiende nada. Nosotros, en cambio, sí. A diferencia de los demás, nuestra experiencia es extensa. Comprendemos asuntos vedados para el resto. Por ejemplo, las circunstancias que nos llevaron a la escotilla del barco asaltado. La conducta de los animales que se encuentran a punto de atacarnos. Que yo esté encima tuyo mientras me presionas con una fuerza cada vez mayor. Las piras funerarias encendidas con el fin de que queden reducidos a cenizas los canes sacrificados. La presencia ubicua del agrimensor. Ya luego no pude

escuchar. Tan sólo oí un murmullo que se fue apagando. Sigamos sentados, querido hermano, en las sillas del salón como lo tenemos indicado. Guardemos silencio, como nos lo han ordenado siempre. Sobre todo durante las horas de clase. Sabes que cuando obedecemos las órdenes, cuando nos comportamos de la forma en que nos indican, no corremos —a pesar de nuestra condición de hermanos ciegos y sordos— casi ningún peligro. Aunque no puedo ahora, Isaías, dejar de mirar al animal que nos observa sin quitarnos los ojos de encima. Parece ser el líder de la manada. El resto se mantiene, igual de alerta, detrás suyo. Sospecho que, en algún momento, dará la orden de abalanzarse sobre nosotros. Puede ser un movimiento imperceptible, algún ruido minúsculo. Lo ignoro, Isaías. No conozco su lenguaje. Prefiero no pensar en asuntos tan poco relevantes. No por mí. Yo podría pasar varias horas seguidas imaginando los ataques a muerte sobre mi cuerpo. En verdad, Isaías, mi única preocupación real eres tú. Tienes claro, mi pequeño Lailajilalá, que mi misión en la vida es no dejarte desamparado en lo que te quede de existencia. Vamos ahora a escuchar a Christian, nos informa el maestro. Hace algún tiempo, comienza la narración de Christian al salón de clases, el Lailajilalá dormía indiferente. Hace un mes, precisa. Cuando el tiempo no era tiempo... Repentinamente, Isaías, se deja de escuchar la voz de Christian. Quien lee en este momento es Azucena. No entiendo muy bien lo que dice; parece que se encuentra con los audífonos puestos y eso hace que su voz se distorsione. Realiza una lectura rápida. Repite casi todo lo que Christian acaba de decir. No tengo capacidad para seguirlos. Aunque te lo puedo resumir: los dos, tanto Christian como Azucena, nos informan que el Lailajilalá fue hallado en uno de los costados sangrantes de Cristo. Me parece agradable lo que acaban de expresar. Pero lo hacen de manera apresurada. Ahora afirman que lo van a leer de nuevo. Es que el maestro, Isaías, les ha pedido que lo hagan. Hace un mes, cuando el tiempo no era tiempo, repiten, el Lailajilalá habitaba en la oscuridad más absoluta. Hasta que un día se abrió la luz y el Lailajilalá despertó. En este momento interviene el señor Antón. Sostiene que en los textos que acaban de leerse, tanto por Christian como por Azucena, hay una serie de elementos filosóficos propios de aquella manera de pensar con la que ciertos sabios se refirieron en el pasado a los temas de la Creación. En otras palabras, agrega el señor Antón, de aspectos propios de pensadores de otros rumbos. En este caso, el personaje central es Cristo, continúa el señor Antón. ¿Sabes qué pienso, Isaías? Que no debemos hacer mucho caso a los temas que se van tocando. Tanto para mí como para ti, Lailajilalá no puede ser sino el nombre del barco que nos lleva a la deriva o, en todo caso, la manera como te llamaba nuestro padre antes de irse de la casa. Lo que sí logro captar es que tanto el maestro como el señor Antón piensan que ya no debe haber modificaciones, ni en el texto de Christian ni en la manera de pensar del grupo. Pero, un momento, dice Gloria, ¿están hablando acaso de lo que decían ayer? El maestro señala que tratemos de imaginar el espacio donde se van a desarrollar nuestras escrituras. Nos pide, Isaías, que intentemos componer algo en concreto. Menciona no sé qué escena; tampoco sé quién la escribió. Se describe un lugar en el que existen cojines donde descansa la cabeza del Lailajilalá. De pronto, como si viniera de la nada, se oye la voz de Juanita diciendo que para ella el

caos es caliente. Afirma haber supuesto que cuando nos contó sobre el despertar del Lailajilalá, Christian pensaba que todo estaba frío. Pero no, interviene Azucena: Christian nunca dijo algo semejante. Juanita le contesta que lo único que deseaba era realizar una comparación. Ahora, Isaías, parece que la mayoría de nuestros compañeros está tratando de recordar si en el texto que leyó Christian aparecía o no la palabra *caos*. Es absurdo lo que está ocurriendo en este momento. Nada le costaría a ninguno de nosotros preguntarle a Christian sobre cualquier duda. Ignoro las razones por las que no lo hacen. El señor Antón interviene ahora. Me encanta cuando lo hace. Es como si sintiera seguridad ante sus palabras. Una confianza parecida a la que experimentaba cuando no era sorda todavía y nuestro padre me llevaba de la mano a pasear por el parque. Era una sensación agradable, Isaías, ir percibiendo los sonidos del medio ambiente con la certeza de que nada grave te podía ocurrir. El señor Antón dice que, seguramente, cuando el Lailajilalá empezaba a despertar iba pensando en qué hacer con la repentina lucidez adquirida. El maestro interrumpe con sus extravagancias de costumbre al señor Antón para decir que en diciembre último estuvo visitando Israel. Logro entender que el maestro menciona el Cenáculo de Jerusalén, donde Cristo comió por última vez. Nos informa que tienen hecho un desastre aquel lugar. Descubrió dentro docenas de sillas de plástico apiladas en un rincón. Estaba incluso mal pintado, con un color desvaído. Al maestro le dio la impresión de que ese recinto sagrado se encontraba adrede en condiciones semejantes. Nos sigue relatando ahora que algo similar sucedía en el lugar donde ocurrió nada menos que la Octava Caída de Cristo: habían instalado un puesto ambulante donde vendían chicles y caramelos. Nos dice que él habría imaginado lo contrario: que aquellos lugares estarían mantenidos en estado óptimo. Son de esos sitios, agrega, que uno conoce ya antes de visitarlos. Para colmo, continúa diciéndonos, en la parte de arriba del Cenáculo descubrió que moraba una secta católica en condiciones de pobreza extrema. Que todos llegamos tarde, reclama ahora el maestro. Es cierto, Isaías, te lo señalé hace un rato. Sin embargo, el maestro nos dice que, pese a la tardanza, desea que le expresemos lo que sentimos al escribir nuestros textos. Lo que nos sucedió mientras los íbamos redactando. Desea enterarse de nuestras experiencias con la escritura. Creo que ahora vuelve a hablar el señor Antón. Dice que, de acuerdo a las instrucciones del maestro, ha creado en la página que acaba de redactar dos personajes relacionados con la mitología griega. Los puso a dialogar sobre música y se refirieron a asuntos aprendidos en el liceo donde estudiaron. Conversaron también de agricultura, de técnicas para crear objetos de barro, del oficio con la madera y, además, de las virtudes de ciertas plantas medicinales. Está muy bueno; excelente, dice el maestro después de escucharlo. El señor Antón sigue hablando. Ahora, Isaías, menciona el nombre de algunas de las plantas de este tipo conocidas por los griegos. Parece ser que el maestro, en los días que dicta el curso, se queda a dormir con nosotros en las instalaciones de la Colonia de Alienados Etchepare. Lo imagino, porque antes de preguntarnos por nuestros sentimientos al momento de la escritura, quiso saber si estábamos al tanto del peligro que corremos conviviendo con jaurías de perros en estado salvaje. Mencionó que al menos él recibía un estipendio por ofrecernos el taller y era hospedado de

manera adecuada, por eso consideraba el peligro latente de ser atacado por uno de los canes como un riesgo propio de su trabajo. Algo que no entiendo, Isaías, es su motivación para habernos contado los detalles acerca de su viaje a Israel. Puede haber mencionado aquello como respuesta a la afirmación formulada hace unos momentos sobre la aparición del Lailajilalá prendido al lado sangrante de Cristo. Una vez que queda en silencio, el señor Antón vuelve a hablar. Dice que, mientras escribía el texto sobre los griegos, sintió que hubo momentos donde pudo advertir cómo los personajes iban delineando sus propias personalidades. Ya no sé ni lo que digo, interrumpe en este momento Aníbal, la muchacha que ofrece masajes en la terminal de autobuses de una de las redes de transporte público más importantes... Luego te cuento, Isaías —ahora no puedo estar en tantas cosas a la vez—, los motivos por los que nuestra compañera de salón lleva un nombre masculino y no uno femenino. Te mentí cuando te dije que seguía ofreciendo los masajes. ¿Cómo iba a realizarlos si nos encontramos todos recluidos en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare? Ya te dije que no puedo cumplir con tantos asuntos al mismo tiempo. Tratar de oír, pensar y escribir en simultáneo. Oprimir sin descanso las teclas de la computadora que llevo cargada del cuello... Te pido disculpas, Isaías, tú sabes que no cometo ninguno de mis errores de manera intencional. Y no es sólo por obedecer el mandato de nuestra madre que intento transmitirte la información de la manera más fidedigna posible. Lo hago porque sabes que te quiero. No voy a permitir, además, que ninguno de los perros que nos acechan te ataque de improviso. Sé que, a pesar de sus limitaciones, este aparato que llevo en el oído me da la fuerza necesaria para cuidarte. Y de lo otro no quiero que hablemos demasiado. De las ocasiones en las que te conduzco al baño. Nunca me has querido decir, y cuando te toco menos, si soy fea o bonita. Sé que soy repulsiva. Pero tú eres bueno, Isaías. De buen corazón. Lo digo principalmente porque nunca, como te lo repito sin cansarme de hacerlo, te has atrevido a taparme. Ni siquiera cuando lo hemos hecho frente a frente, cara contra cara, ni cuando me has pedido que me voltee. Los hermanos siameses ciegos y sordos. Los que no se pueden separar. Los que deambulan en las noches por parajes vigilados por perros hambrientos, de todas formas y colores, como me lo ha informado la supervisora con quien converso cada cierto tiempo. El señor Antón sigue hablando. Menciona el momento en que sintió que los personajes de su escritura se iban coordinando. Al principio ignoraba quién era quién, pero a medida que fue avanzado en su relato se le fueron aclarando las cosas. Ya nos lo dijo el maestro: avanzar no es lo mismo que hacer más páginas. Ahora nos informa que una buena manera de comprobar que el texto es nuestro, que estamos frente a una escritura propia, es cuando no hallamos la menor huella de otro autor. Pero al escuchar estas palabras me pongo a pensar con inquietud que tú no has leído nunca nada. ¿Cómo podrías entonces encontrar rastros de otros autores en tu propia escritura? Yo, en cambio, he realizado algunas lecturas a lo largo de mi vida. Acuérdate, Isaías, que soy mayor. Que nací en una época en la que nuestros padres se preocuparon más por nosotros. Al menos por mí. No, Isaías, por ti también. Recuerda que nuestro padre te decía mi pequeño Lailajilalá antes de que te durmieras. Como en esa época era sólo ciega, y no sorda y ciega como ahora, me

llevaron a la escuela para invidentes, donde aprendí a tocar el piano y seguí algunos cursos para caminar sola por la calle con un bastón. Fue entonces cuando algunos maestros me leyeron en voz alta libros enteros. Cuando empecé a quedar sorda, Isaías, noté que nuestros padres ya no supieron qué hacer con nosotros. Tú estabas a punto de entrar a la escolita de los niños ciegos. Un médico dijo que si los dos habíamos nacido ciegos, y a los nueve años yo había quedado sorda, a ti te iba a suceder lo mismo. Afirmó que nunca antes se le había presentado un caso semejante. Dijo que nuestro mal no se encontraba ni descrito ni clasificado por la ciencia. En ese entonces yo ya era capaz de desenvolverme por mí misma. En cambio tú, Isaías, te encontrabas a punto de comenzar con tu entrenamiento. Nuestros padres ya habían estimado aceptar la donación de un perro lazarillo. Cuán felices habríamos sido con un animal viviendo con nosotros. Y con el tiempo seguramente no habría sido un perro sino dos. De no ser por la aparición de la sordera en nuestras vidas, todo habría sido felicidad. Aunque no debería decirte este tipo de cosas. Es cierto: no seremos los hermanos más dichosos del mundo, pero nos mantenemos siempre unidos. Uno para el otro, Isaías. El maestro pregunta ahora si alguien más entre los presentes puede referir su experiencia de escritura. Yo, dicen por ahí. Es Ana, creo, quien afirma que le costó mucho trabajo hacerlo. Dice luego cosas sin importancia. Tal vez el problema, la interrumpe el maestro, esté en que al momento de la escritura piensas demasiado. No hay que reflexionar tanto, le explica. Es más importante poner alguna cosa espontánea que un elemento analizado previamente. ¿Quién más? pregunta ahora el maestro. Azucena dice algo... No, perdón, es Andrea. Es que todos se expresan tan rápido que ya no sé quién es quién. Ahora oigo que el maestro habla de las mujeres en la época en que les estaba prohibido votar. Dice que luego de un tiempo les permitieron acudir a las urnas. Iban, pero como tontas. Eso lo decían quienes estaban en contra del voto femenino. En eso, Isaías, el señor Antón afirma que actualmente hay muchos más muertos por las drogas ilegales que víctimas ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial. El maestro hace una pregunta al grupo: ¿quién desea modificar el texto que ya tiene escrito? ¿Alguien quiere volver a comenzar? Yo en este momento, Isaías, pienso solamente en el Lailajilalá. Nosotros somos los únicos que sabemos que se trata del nombre del barco a la deriva donde yo era el cocinero y tú mi ayudante. También sabemos que era la manera como nuestro padre se dirigía a tu persona cada vez que te acostaba en la cama. En este instante todos han dejado por completo de hablar. Es extraño. Demasiado. No estoy segura de si en verdad se han silenciado o si se trata de una de las fallas habituales que presenta el aparato implantado a mi oído derecho. Debe ser eso; aunque no estoy segura. Ahora comienzo a oír. Es como si todos en el salón estuvieran tratando de remedar a alguien desconocido para mí. O tal vez me encuentre agotada. Harta de que mi condición de ciega y sorda trasplantada me obligue a escribir, a teclear para ti, día y noche. Ignoro incluso dónde nos encontramos. ¿Acaso, Isaías, en un pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare, a merced de una jauría de perros hambrientos? No sé dónde estamos. En qué ciudad. Ni siquiera puedo imaginar el país al que tal vez pertenezcamos. Creo, Isaías, que en el salón de clases todos los concurrentes tratan de remedar a alguien que

está refiriéndose a las cosas que no se comprenden. Yo podría mencionar muchas. La primera podría ser la razón por la que nacimos primero ciegos y luego nos volvimos sordos. Tú ni siquiera, como te dije, lograste ser sometido a los entrenamientos propios de los invidentes. A mí me sacaron de la institución donde estaba matriculada. Ya había aprendido, entre otras cosas, a tocar algunas melodías en el piano. ¿Te has dado cuenta, Isaías —sé que no pero igualmente te lo pregunto— de que no existen partituras en Braille? Yo las voy a inventar. Qué gracioso sería hacer algo semejante. Una sorda, creadora de partituras... ¿Será que nuestro apellido está involucrado en todo esto? Es extraño, Isaías, ser ciegos y sordos y que encima nos llamemos así. Nadie nos cree. Incluso el maestro, que ahora se encuentra presente en el salón, comentó que nuestro nombre de familia parecía propio de un mal libro. Lo utilizó —¿lo recuerdas?— para hablar sobre lo que no se debe hacer en literatura jamás: bautizar a un personaje en virtud de alguna característica física manifiesta. El maestro está empezando a decir más cosas acerca de esto. Algo así como que en nuestro caso no se sabe bien qué fue primero, si el huevo o la gallina. Me parece una burla, Isaías. Además insiste en que seguramente sufrimos de algún síndrome. Una enfermedad llamada de alguna manera. Asegura que casi siempre los síndromes llevan el nombre de sus descubridores. Pone como ejemplo el Alzheimer y el Mal de Parkinson. El señor Antón ha empezado a reír. Eso me afecta especialmente, Isaías, porque yo lo había considerado un hombre culto, siempre concentrado en sus pensamientos o en las partidas de ajedrez que acostumbra disputar. Ante el problema de los perros, no sé qué prefiero, Isaías, si sufrir con la muerte esporádica de uno que otro compañero de reclusión o soportar el horror que desataría una matanza despiadada con el fin de erradicarlos. No sólo oiría yo sus aullidos de desesperación, sino que tú, Isaías, con lo desarrollado de tu olfato, no podrías soportar el hedor emanado por la sangre. En este momento, en que tu cuerpo se encuentra embadurnado de sustancias que no puedo definir, no das muestras de sentir nada. Es por eso que sospecho que te encuentras ya sin vida, hermano mío. Las ratas deben saberlo. En poco tiempo no podremos hacer nada para mantenerlas a raya. Nos atacarán, amado Isaías, de la misma forma en que los perros van matando a nuestros compañeros de la Colonia de Alienados Etchepare. Pero, mientras me tienes atrapada en tus mandíbulas, debo hacer algo para mitigar el dolor creciente provocado por tu progresivo abandono del mundo. ¿Quién iba a pensar que este iba a ser tu fin? El pequeño Lailajilalá muerto dentro del casco de un imponente barco. Nadie, ni en la casa que nos vio nacer, ni en el poblado donde crecimos, ni en la Colonia de Alienados Etchepare, por supuesto, habría podido imaginar que nuestros cuerpos acabarían en la escotilla de un barco violentado. Tampoco nadie habría vislumbrado que tu cuerpo iba a ser tomado por decenas de hombres desconocidos. No sé por qué razón hace ya tanto tiempo que no hablamos del agrimensor. ¿Recuerdas la discusión sobre si se trataba de alguien que conocimos durante el peregrinaje emprendido junto a nuestra madre en busca de un nuevo lugar para vivir? Tú, Isaías, me demostraste que tal cosa era imposible. Que en aquella época estábamos incapacitados para comunicarnos como lo hacemos hoy. Solamente nos enterábamos uno del otro a través del tacto. ¿Lo recuerdas? Nos tocábamos a la menor oportunidad;

estábamos tomados de la mano casi todo el tiempo. Isaías, debemos detenernos una vez más en la palabra *agrimensor*. ¿Tienes realmente idea de lo que pueda significar? Creo que, como lo señaló en algún momento el maestro que nos está dictando el curso, debemos estudiar cada término desconocido y quedarnos ahí hasta entenderlo por completo, antes de proseguir. Ignoro cuándo señaló esto. Aunque, como aprecio ahora, ese es el caso con la palabra *agrimensor*. No debemos avanzar hasta conocer su significado. Tanto tú como yo sabemos que así debe ser. Recuerdo el día en el que un monje zen visitó a nuestro padre. Más de una vez nos dijo que fue ese monje quien te bautizó así: *Lailajilalá*, una palabra proveniente de Japón. ¿Será eso verdad, Isaías? Al menos tengo la foto que comprueba la aparición, cierta mañana de verano, de un monje budista frente a la ventana de la estancia principal de la casa que habitábamos en ese entonces. Dijo incluso llamarse monje Sato. Pero, Isaías, no hagas caso a esto que te cuento ahora. Carece de toda lógica. Es mentira. Nuestra familia no recibió nunca la visita de nadie, y menos después de nuestros respectivos nacimientos. Te digo esto del monje como una forma de pasar el tiempo mientras averiguamos lo que puede significar esa palabra: *agrimensor*. El agrimensor decidió de pronto publicar los cien libros que había escrito y dejarlos acomodados, ejemplar por ejemplar, en unas repisas de madera ligera mandadas a hacer especialmente. Se consideraba un creador, pero parecía producirle un profundo sentimiento de vergüenza ejercitar tal destreza. Además, por ser una persona impaciente se negaba a pasar horas, días, meses, años enteros dedicados a redactar los libros que deseaba fueran parte de su obra. Por eso, para ser respetado en su comunidad, el hombre había decidido considerarse agrimensor. Había elegido ese oficio por los libros de Franz Kafka que su padre le leía de niño antes de irse a dormir. El mismo agrimensor comenta lo curioso que resulta que un padre elija libros de Kafka como lectura previa al sueño. Afirma que su padre era una persona especial. ¿Por qué te estoy contando todo esto? ¿Qué nos puede importar un individuo que ni siquiera tenemos la certeza de haber conocido? Me aburre, Isaías. Pero está bien. Es cierto lo que dices: llevo casi un año prometiendo narrarte la historia del agrimensor. Pensé que incluso lo habías olvidado. Que con el asunto de la ignorancia mutua acerca de la procedencia de la palabra habías preferido que tocáramos otros temas. Pero no. Sigues preguntando por aquel sujeto. A pesar de que en este momento el señor Antón le está hablando al grupo sobre los secretos del ajedrez... Ya lo sé, Isaías. ¿Crees que no me he dado cuenta? Lo sé, te lo repito. Pero no te lo voy a permitir. Recuerda que soy yo la que lleva el control. Bastante cansada estoy como para que ahora no sólo me prohíbas hablar de nuestra madre, sino también de los hombres presentes en el salón de clases de la Colonia de Alienados Etchepare donde nos encontramos atendiendo al maestro contratado. El señor Antón es una persona mayor. ¿No lo has oído acaso? Es cierto lo que dices, Isaías, acabas de descubrir mi verdadera intención, pero no quiero conocer detalles de esa persona para lo que te imaginas. Perdóname nuevamente; sabes que no es mi afán mentirte, pero en ocasiones no me queda alternativa. Yo sé que adviertes un toque distinto en tu tubo cuando aparece su nombre en mi discurso. Pero sé también que por ese mismo motivo no has querido nunca describírmelo. Eres consciente de

que te he pedido en distintas ocasiones que me digas cómo es el señor Antón. Tanto por dentro como por fuera. Al principio te lo solicité con disimulo y, lo sabemos, sólo recibí silencio de tu parte. Luego traté de ser un poco más directa y obtuve sólo tu mudez como respuesta. Al principio mencionabas asuntos que nada tenían que ver con el tema que te planteaba. Luego preferiste aparentar que ni siquiera intentaba comunicarte algo. Mis preguntas acerca del señor Antón se volvían invisibles. En cierto momento pensé que ibas a ser capaz hasta de apagar el tubo de metal en esas ocasiones. Que cometerías ese acto tan cruel y habitual en ti. Ya son varios los asuntos que debemos discutir más adelante con detenimiento. Creo que únicamente de esa manera, examinando a fondo nuestros temas, es como vamos a conseguir continuar andando juntos por la vida. Ya te lo he dicho infinidad de veces: sólo somos hermanos. No puedes tomarte otro tipo de atribuciones. Disculpa que te lo diga: soy yo quien lleva el mando. Me debes agradecimiento y obediencia. Por más que a nuestra madre y a la gente del entorno les exprese que es un honor servirte de lazarillo y que lo hago por el gran amor que te profeso, lo cierto es que mi poder sobre ti me causa una satisfacción oscura. Pero nadie más puede estar al tanto de las razones por las que no me separo ni un instante de ti. Los motivos por los que cumplo hasta el menor de tus deseos. Lo que me lleva a sacudir tu pene y permitir que me tomes de las distintas maneras en que sueles hacerlo. Lo que no seguiré permitiendo es que te comportes de manera desagradable. Y, menos aún, que ni siquiera tengas en cuenta los favores que te solicito; en este caso el que se refiere al señor Antón. No, no, Isaías, ahora no quiero aceptar tus explicaciones. Y tampoco me interesa que cumplas mis deseos a destiempo. Es más, te prohíbo de manera terminante que olfatees al señor Antón. También me molesta —creo que es una buena ocasión para repetírtelo— que confundas nuestras prácticas nocturnas. El amor que nos profesamos es de otra clase. A pesar de los actos que consumamos, lo nuestro es un asunto de hermanos. Tengo la impresión, a pesar de tu negativa, de que quieres más de mí. Y eso es algo que, pensé, lo teníamos resuelto. Precisamente, en este instante, Isaías, el señor Antón se está refiriendo a la alta tasa de dementes que existe entre los jugadores de ajedrez. Su teoría es que tienen un cerebro superior que termina destruyéndose a sí mismo. El señor Antón afirma que en la Colonia de Alienados Etchepare deberían designar un pabellón exclusivo para este tipo de trastornados, especialmente para quienes fueron campeones de torneos. Ayer, Isaías, el maestro nos contó de la ocasión en que conoció a un músico contemporáneo. Puedes creerlo o no. Ya sabes; muchas veces —sin querer, eso sí te lo puedo asegurar— invento varios de los asuntos que te transmito. Nos refirió que su encuentro con ese artista desató una discusión con respecto, curiosamente, al profeta Mohammed, quien —lo sabes, Isaías— es el fundador del Islam. El maestro nos dijo que intercambiaron opiniones acerca del decreto donde se declaraba al perro animal impuro. Luego, Isaías, de manera repentina, el profesor cambió de tema. En este momento alguien del grupo expresa algo. No sé exactamente quién está hablando. Pregunta si la obra del agrimensur de cuyo trabajo había hablado horas antes contaba con alguna importancia. Y si finalmente fue publicada. Ignoro, repito, quién hizo la pregunta. Pudo haber sido Juanita o el señor Antón.

O quizá fue Christian. Lo que sí recuerdo es la respuesta del maestro. Señaló que le parecía una obra impresionante. Única. De carácter flexible, además. Y, aunque no lo creas, ayer mismo o hace unos minutos o ya no sé, el maestro sacó la obra completa del agrimensor, escrita en un solo papel, y nos la leyó a los presentes. Por supuesto que capté el truco al instante. Me quedó claro que el maestro no se había referido al agrimensor de manera casual. Lo tenía todo preparado de antemano. Es obvio: nos quería leer una obra completa aquí mismo. De otra manera no habría llevado al salón de clases el papel donde estaba escrito el trabajo de aquel autor. El maestro nos señaló que se trataba de un autor totalmente desconocido, tanto o más que el autor del Quorán. Aunque cualquiera sabe que el libro sagrado fue escrito por Mohammed. Sí, Isaías, así se escribe, *Quorán* y no *Corán* como lo hace la mayoría. El nombre del profeta, además, es Mohammed y no Mahoma, como repiten algunos por allí. Eso lo aprendí cuando era capaz de escuchar, en una de las clases de la escuela para ciegos donde nos hablaron con exactitud del Islam. Ignoro las razones por las que me impartieron esa materia en forma tan detallada. En realidad, Isaías, no aprendí los asuntos del Islam con el señor Antón... ¿cómo crees que un hombre tan gentil se habría acercado a mi cama aprovechándose de que tú dormías? Se trataba de una buena escuela. Te dije que allí aprendí a tocar el piano de maravilla. Lástima que a ti te sacaron apenas quedé sorda y los médicos afirmaron que a ti te ocurriría lo mismo. En esa época tú ibas a la escuelita de los niños ciegos, que era como se conocía la sección infantil. El maestro, Isaías, después de acabar de leer la obra del agrimensor, habló sin parar otra vez de asuntos de orden personal. Ninguno de los presentes tuvo ocasión de replicar a nada de lo que nos decía. Espero que la supervisora de la Colonia de Alienados Etchepare venga antes del tiempo que le tengo calculado. El maestro, Isaías, nos está comenzando a leer de nuevo la obra completa del agrimensor. No menciona, como seguro imaginas, sólo los títulos. No, nos transmite en su totalidad el contenido de los cien libros que la conforman. Termina la lectura en menos de un cuarto de hora. Comienza con el primer volumen. 1. Un grupo de monjas sentadas en el pasillo de un asilo se encuentra esperando que termine la ceremonia de extremaunción de unos ancianos. 2. Aquella mañana un sujeto se levantó temprano. No miró el reloj despertador. Al cabo de media hora ya estaba listo para salir. Eligió un pantalón azul y una camisa a cuadros. Demoró un cuarto de hora en la cocina. Cortó un tomate, sacó del refrigerador un pedazo de queso y se lo comió todo junto. Utilizó un plato donde vertió aceite y sal. Decidió luego dar una vuelta alrededor de la fuente de un parque cercano. 3. ¿Le gusta este jardín que es suyo? No deje que sus hijos lo destruyan. 4. Cada vez que corta un pedazo de carne lo hace pensando en las horas que le faltan para volver a su casa. Se le aparece en esos momentos la imagen de su mujer amantando a su hijo. 5. Un niño deseaba una bicicleta para su cumpleaños. Cuando aquel día llegó, sus padres le regalaron una de manubrios altos. 6. Para realizar el examen de matemáticas, la maestra debió preparar las preguntas la noche anterior. Lo hizo antes de acostarse. En un pequeño escritorio ubicado en su habitación fue revisando el libro guía mientras apuntaba los temas sobre los que versaría la prueba. 7. Sentencia: el dolor es un instante; y su permanencia, su representación. 8. Para escribir la carta que le

solicitan, cierto sujeto afirma que necesita una pluma fuente de una marca determinada. Dice que con una Pelikan verde esmeralda escribió más de una vez pasajes agradables de su vida. Lamentablemente, ya no se encuentran en el mercado plumas con semejantes características. Concluye, entonces, que lo más parecido a lo que desea estaría contenido en un lápiz, aunque sabe que es de mala educación utilizar ese instrumento para el tipo de carta solicitada... Ya me cansé, Isaías, de copiar lo que dice el maestro. Para que tengas una idea, los libros del agrimensor van llegando, de esta manera, hasta el número cien. Pero, querido hermano, no me encuentro en condiciones de repetirlos todos. Mejor, te lo sugiero, imaginemos el resto. ¿Cómo será oír bien, Isaías? Quizá lo hacíamos cuando éramos pequeños, cuando yo podía tocar el piano y tú escuchar a nuestro padre decirte mi Lailajilalá antes de que te fueras a dormir. El maestro, de pronto, abandona la clase. Ahora que nos ha dejado solos, tengo la impresión de que todos se ponen a remedarlo repitiendo, en son de burla, algunas de las obras del agrimensor que acaba de leer. Me parece, Isaías, que el resto del grupo se está comenzando a dar cuenta de lo inepto que es. Que por qué mejor no se lo come un perro, dice alguien; me parece que es Christian. No entiendo bien lo que está pasando, ni el motivo por el que imitan al profesor y por el que le desean, repentinamente, que lo maten. No creo que sea sólo por su ineptitud. Tal vez se trate de una broma. Ahora oigo que habla Azucena. Dice que ella pensó que el libro iba a ser de determinada manera y no de otra... No, perdón, ahora ya parece que escucho bien, Isaías. Comentan partes del texto que han escrito. No puedo determinar cuál de los integrantes del grupo está hablando ni tampoco si el maestro ha vuelto. Hay un rasgo del Lailajilalá —muchos de los compañeros del grupo han empezado a utilizarlo ya como personaje central— con el cual el profesor no parece estar de acuerdo. Ignoro, Isaías, en qué puede consistir semejante característica. Me da la impresión de que el grupo ha llegado a la conclusión de que el Lailajilalá es un hombre con dinero, afortunado. El maestro interviene para decir que él habría deseado que apareciera portando cualidades opuestas; habría querido, además, que el Lailajilalá los matara finalmente a todos. Isaías, nuevamente no entiendo. Ignoro si desea que le hubiera dado muerte a los demás personajes que aparecen en los escritos de los compañeros o a nosotros, los internos del pabellón especial de la Colonia de Alienados Etchepare, donde nos encontramos recibiendo un curso. Sólo ahora me acuerdo de que anoche te demoraste más de lo normal. Lo tenías más duro, Isaías, aunque con una dureza distinta a la de tus mandíbulas. Anoche, Isaías, estuve temerosa de que alguien pudiera descubrirnos. Mientras más tiempo nos tome permanecer unidos en alguno de los recovecos de los bosques, las posibilidades de que nos sorprendan son mayores. El maestro está regañando al grupo. Lo hace de manera violenta. Afirma que nada bueno puede salir de estas sesiones. Nos acusa de no haber entendido las reglas a partir de las cuales íbamos a crear el libro. Reclama que ninguno de nosotros aplicamos en nuestros trabajos las normas de un código de escritura que pidió que leyéramos. Es cierto que lo envié por correo electrónico para que cada quien lo escuchara a través de sus computadoras. Ignoro lo que hagan los demás, Isaías, pero yo utilizo el aparato que llevo colgado únicamente para escribirte a ti. ¿Te has

puesto a pensar, Isaías, que si yo no me dedicara de tiempo completo a tu persona, quedarías sumido en las tinieblas y el desconcierto más absolutos? No, no deseo algo semejante para ti. Tampoco quiero que te sientas agradecido. Al menos no de esa manera. Es mi deber como hermana ciega y sorda ayudar a mi hermano ciego y sordo. Creo que es simple. Te perdono, querido hermano, aunque sea testigo de que, de manera intempestiva, te veas presa de enfados gratuitos cada vez que, por ejemplo, menciono a nuestra madre. O que te niegues a describirme al señor Antón. No importa, Isaías, te entiendo. No debe ser nada fácil la vida para ti. Nunca te enseñaron a caminar con bastón por la calle. Tampoco recibiste, como yo lo hice en su momento, unas lecciones de piano que jamás podré olvidar. Parece ser que el punto que colmó la paciencia del maestro fue cuando Christian mencionó la resurrección del Lailajilalá. Ahora toda la clase se está riendo. Se repiten las cosas, Isaías. De la misma manera como nosotros nos contamos, una y otra vez, la matanza de perros que llevara a cabo el profeta Mohammed. La descripción, que en ocasiones siento como borrosa, de aquellos cuerpos sacrificados de las maneras más crueles. De las piras funerarias que se realizaron en el vertedero de la población. Imagino una infinidad de cuerpos ardiendo durante días enteros. Tú y yo metidos en la escotilla de un barco. Que nos destruyan, ya de una vez, juntos a los dos. Que prendan fuego lo más pronto posible. Especialmente ahora, mientras aprisionas tus mandíbulas pese a tu voluntad y con la inmensa fuerza que sólo es capaz de producir el deseo de un muerto. Las ratas nos observan. Aunque tanto tú como yo sabemos que esos animales no existen. Que en este mundo sólo estamos tú y yo. Eso nos lo dijo nuestra madre en dos ocasiones. La primera, cuando salí con bien de la operación de implante coclear a la que fui sometida. Y la segunda, cuando nos dejó en las instalaciones de la Colonia de Alienados Etchepare antes de partir para siempre. Ahora el maestro, después de haber expuesto infinidad de temas cuyo contenido desconozco, pide que nos tomemos un descanso. Un descanso, por favor, insiste; y yo, Isaías, estoy de acuerdo. El receso se debe a que hubo problemas, parece que serios, con la computadora de Azucena. Algo le sucedió. Hubo un cortocircuito, me da la impresión. Ahora todos hablan entre sí. Creo que se derramó algún líquido en el teclado. Azucena se queja de que el percance le impedirá acudir al programa de radio que dice conducir. Y no sólo parece molestarle no acudir a la estación, sino haberse visto impedida de notificarles su ausencia. Tanto tú como yo, Isaías, sabemos que aquello no es cierto. Azucena no es directora de ningún programa. Así como tampoco son verdad —eso ya lo hemos hablado, Isaías— las cosas que suele decir Aníbal con respecto a su trabajo en la estación de transporte público. La tal Aníbal —ya luego te contaré la razón por la cual utiliza un nombre masculino— tampoco puede salir de la Colonia de Alienados Etchepare. Estamos de acuerdo en que nos es incomprensible que muchos de los internos simulen mantener una vida activa fuera de los límites de la institución. El maestro, ante el problema de la computadora de Azucena, sugiere que le preguntemos al cronista lo que se debe hacer para resolver el percance. ¿Te olvidaste de su existencia, Isaías? El cronista ha estado presente desde el primer día. ¿No lo has oído acaso? Al principio del curso el maestro llegó con un cronista, a quien informó que somos un grupo peculiar. Fíjate bien, le dijo, esos

hermanos —en otras palabras, nosotros— andan siempre juntos; Azucena tiene estropeada la computadora; el señor Antón propone la idea de pasar las jornadas pensando en partidas de ajedrez. El maestro, ya lo habíamos intuido, también se queda a dormir en la institución. No ha de tener alternativa. No parece tratarse, te lo he dicho, de una persona con los recursos necesarios para vivir en un área cercana. La Colonia de Alienados Etchepare se encuentra ubicada en una zona de abolengo. Me lo ha comunicado la supervisora. Seguramente, Isaías, en esa parte duermen tanto el maestro como el cronista. La supervisora me confirmó que le daba un poco de vergüenza admitirlo, pero la sección donde habita el personal es una zona resguardada con altas alambradas. Quizá me sorprendió inconscientemente escuchar semejantes palabras. Tal vez realicé un movimiento no intencionado que la supervisora interpretó de determinada manera. El caso es que comenzó a ofrecerme una serie de disculpas. Entre otras, me dijo que, precisamente, junto con otros miembros del personal, estaban gestionando ante las autoridades de la Colonia de Alienados Etchepare que los pabellones de los internos también queden protegidos por vallas de alambre. Expresó que el emprendimiento llevaba cerca de cinco años y que en aquel pliego de reclamos no sólo estaba contenida la seguridad de los pacientes, sino también el mejoramiento del estado en el que se encontraban los servicios de agua y calefacción y las condiciones de higiene de la cocina donde se preparan nuestros alimentos. No se podía negar, me aclaró, que se habían conseguido ciertos avances. Uno de ellos fue el frustrado traslado de los perros. De no ser por la lucha del personal a nuestro servicio, aquello habría sido impensable. Los protectores de animales que de vez en cuando protestan a viva voz a las puertas de la Colonia de Alienados Etchepare lo habrían impedido a como diera lugar. La supervisora me continuó diciendo que ya estaban avanzadas las gestiones para comprar cientos de metros de malla metálica. Hace algún tiempo, incluso, se consiguieron varios rollos de alambre, pero de púas. Hubo algunas reuniones donde se llegó a la conclusión de que no era adecuado utilizar un material semejante. Los accidentes que sufrirían los pacientes, especialmente los que padecen esquizofrenia, iban a ser peores que los causados por los perros. ¿Qué proponemos que se haga? Eso lo dice el cronista. No lo sé, Isaías, ignoro dónde se encuentra el maestro; quizá haya ido al baño. Y al decirte esto espero que no te den ganas de ir a ti también. Cada vez que escribo *baño* en la computadora, de inmediato me informas que quieres que te conduzca allí. Sé que muchas veces no tienes necesidades reales. Aunque lo que hacemos con frecuencia he leído que también es una necesidad. No sólo tuya sino de los dos. No siempre me gusta hacerlo, debes estar consciente de eso. Quiero que sepas, por ejemplo, que anoche no me gustó. Fue muy rápido. Me sorprendió especialmente cuando dijiste: ya basta, hace frío; llévame de nuevo a dormir. Ayer, Isaías, fue diferente. Mientras te iba conduciendo a nuestro pabellón empecé a pensar que yo también debo de haber cambiado. Estoy un poco fastidiada de que no haya existido algo más para mí. A veces siento deseo de otros. De Christian, por ejemplo. Con la voz que logro escuchar imagino que es distinto a ti. Tampoco creas, querido hermano, que contigo es por obligación o por querer ser obediente. No, Isaías, ahora, sencillamente quiero probar otra cosa. No te lo he dicho, pero a

algunos de nuestros compañeros de pabellón los he tocado una que otra vez. A Christian, al señor Antón y a otros más. Hago como si me tropezara. Del grupo que se reúne en el salón creo que me faltan únicamente el maestro y el cronista extranjero. Recuerda que tú y yo somos hermanos, Isaías. Que nuestra relación es de otra naturaleza. Es imposible que nos juremos fidelidad o cosas parecidas. Ya estamos juntos de manera sustancial. No... no me insinúes eso. No voy a abandonarte jamás a tu suerte. Siempre voy a estar aquí, Isaías. Nos vamos a socorrer mutuamente. Si estás de acuerdo y te da temor quedarte solo cuando esté tocando a alguien más, puedes mantenerte a mi lado el tiempo que dure mi curiosidad. Sí, sí se aclaró. Se aclaró, está gritando ahora Azucena. Veo, Isaías, que tampoco entiendes lo que yo no comprendo. Podemos seguir conversando, si así lo deseas, de lo violento que fue constatar que el fuego desapareció a cientos de perros amontonados. La orden del profeta Mohammed fue firme. Antes de hablar con los fedayines, su decreto se pronunció de manera rotunda: ni un solo perro a decenas de kilómetros a la redonda. Las huestes irrumpieron en los mercados, en las casas, en los huertos. La muerte se llevaba a cabo, principalmente, a punta de espada. Los trozos de los animales iban quedando desperdigados. No te preocupes, Isaías, el maestro ya nos dijo que, en general, nuestras cabezas se encuentran llenas de información. De una cantidad inabarcable de ideas que hace difícil aceptar construcciones mentales hasta entonces desconocidas. Acabo de descubrir que el cronista que ha estado todos los días presente en el grupo se llama Henry. Estudia literatura en Estados Unidos. No dejan de parecerme extrañas algunas de las costumbres que se practican en la Colonia de Alienados Etchepare. Por ejemplo, que, a pesar de nuestra supuesta clandestinidad, contemos con un testigo venido desde tan lejos. ¿Estará enterado de la fiereza de los perros que nos rodean? ¿Se hospedaría, junto al personal en turno y el propio maestro, en el área cercada? Ahora que hable con la supervisora, le preguntaré sobre el asunto. El referido cronista está hablando. Parece que se dirige al grupo en general. Dice que la tesis que prepara con el fin de graduarse tiene que ver con enseñanza y discapacidad. Que la universidad donde estudia cubrió los gastos del transporte. Que se enteró del curso porque el maestro, a pesar de tratarse de alguien de pocos méritos, es conocido por algunos profesionales del medio académico norteamericano. Ahora, con voz muy suave pero pronunciando de manera casi perfecta el castellano, nos comenta que le encantaría que alguien escribiera que el Lailajilalá desciende del cielo. Ese sería el final perfecto de nuestro libro, dice. Pero el grupo se lo cuestiona con asombro. Ignoran cómo llegó a esa conclusión. Para la mayoría es un misterio, como lo es para mí, Isaías, que un hombre místico —nada menos que un profeta— haya estado al mando de una matanza indiscriminada. Pobre caballo, interviene el señor Antón. Propone la necesidad de lograr que un caballo, cuyo origen ignoramos por completo, hable con una dicción perfecta... ¿Que hable quién?... Sí, Isaías; yo estoy tan desconcertada como tú. El señor Antón desea que un caballo se exprese. Dice que le parece más importante escuchar las quejas de un equino que conocer los escritos de cualquiera de los integrantes del grupo. El señor Antón incluso quiere que se manifieste también un burro aparecido, como el caballo, nadie sabe de dónde.

Escuchar la voz de un burro macilento, Isaías. Y ahora, no sólo el señor Antón está hablando, sino también los propios animales que convocó. Se supone, pero no estoy segura, que el burro y el caballo se encuentran en pleno salón de clases, expresando sus opiniones sin temer la objeción de ninguno de los presentes. Tanto el burro como el caballo detallan decenas de asuntos. No te preocupes, Isaías; no tengas miedo, no me voy a mover de tu lado. Escuchemos —y te aconsejo que lo hagamos con prudencia— tanto lo que el burro como el caballo nos quieren expresar. Pero el cronista rechaza de manera violenta aquel diálogo. Afirma que a nadie en su sano juicio le puede importar lo que un burro y un caballo puedan manifestar. El grupo parece rebelarse ahora en contra del cronista. Incluso proponen darle un nuevo título al texto. *La serenidad del burro y del caballo*, opina la mayoría. Advierto, mientras el grupo se encuentra discutiendo sobre estos asuntos, que el maestro sigue sin estar presente en el salón. Creo que le ha dejado toda la responsabilidad al cronista venido del extranjero. ¿A dónde puede haber ido? Te parecerá raro, pero extraño oír su voz. ¿Dónde estará el escritor encargado de impartirnos este curso? No, no me gustan tus bromas, Isaías. Estoy preocupada de veras por su ausencia. Es probable que incluso lo hayan atacado los perros; y, como es ya costumbre en la institución, nadie va a mencionar nunca de manera abierta un hecho semejante. Y tendrán que pasar por lo menos unas cuantas semanas antes de que se le pueda preguntar algo sobre el tema a la supervisora. No. Siguen sin agradarme tus bromas. No insistas. No me inquieta la desaparición del maestro porque siento el deseo de encontrarme a su lado. Y te lo repito, Isaías. Somos hermanos. No te debo lealtad alguna. Y no tengo por qué decírtelo, pero te aseguro, si eso te hace sentir más tranquilo, que nunca he tenido a nadie más que a ti. Quiero que sepas que eso tampoco significa nada. En ese aspecto no somos más que dos hermanos comunes y corrientes, salvo por el hecho de ser ciegos y sordos; aunque yo cuente, como lo sabes, con la implantación de un aparato auditivo que debemos compartir. Lo demás es naturaleza pura. No tiene que ver con ninguna historia de amor. Van varias veces que me envías mensajes que me hacen dudar de ti. Sé que está de más decirlo, pero nosotros no somos ni enamorados ni novios ni nada de eso. Cada uno tiene la libertad de hacer lo que le parezca. Te lo advierto desde ahora, Isaías, porque no me gustaría que el día que me encuentre en alguna situación con Christian o con el señor Antón tenga que soportar alguna grosería de tu parte. Conozco bien la clase de rabieta a las que sueles sucumbir. Basta apreciar la violencia con la que reaccionas cada vez que trato de hablarte de nuestra madre. Sé que en algún momento el señor Antón va a olvidar su embeleso por el ajedrez y va a tomarme con furia. Si así lo deseas, Isaías, te puedo avisar con tiempo cuando esto suceda y así dejarte cómodo en un sitio ligeramente apartado. No temas; porque si bien es cierto que en tal situación me voy a ver obligada a desconectar los aparatos que nos unen, no te abandonaré del todo. Me cercioraría de que durante ese tiempo estuvieras en un lugar seguro donde, eso sí, permanecerías sin ver ni oír nada, como fuera del universo. Tienes que creerme cuando te digo que, además, en ningún momento voy a dejar de pensar en ti. Yo seré tu conexión con todas las cosas; ya sea que esté con Christian o con el señor Antón, mi pensamiento estará puesto sólo en tu persona. Por el tono de su voz y

los asuntos que acostumbra contar acerca de su vida cotidiana, tengo la impresión de que el señor Antón es ya un anciano. Voy a tener que preguntarle, entonces, si es capaz todavía de experimentar emociones fuertes... Isaías, contesta. Ya sé que te molesta lo que te digo. No comencemos de nuevo. Dime algo, te lo ruego. Sabes perfectamente que tu silencio me hace sentir mal. Estoy cansada de repetírtelo... Ahora vamos a poner el epígrafe del libro, irrumpe la voz del maestro. Parece que ha regresado, Isaías. Puedo sentir su voz nuevamente. Está tratando de referirse, pero de manera extensa, aparte del epígrafe, a la tranquilidad contenida en el título que acaba de proponer el grupo. Menciona, además, aspectos de la conversación que sostienen el burro y el caballo. Hay pequeñas frases e ideas minúsculas que se deben modificar, nos dice. Ahora, el señor Antón vuelve a intervenir. Usted habla como si un pájaro hubiera olvidado su flauta, le dice con voz muy alta, casi gritándole: a mí, la frase final del caballo me parece conmovedora. Algunos de los asistentes ya están comentando que si el texto propuesto termina de esa manera, con una conversación interrumpida, es porque tanto el burro como el caballo consiguieron otro trabajo y se fueron a vivir a otro lugar. El señor Antón insiste en subrayar que el dueño del caballo no es caballo. Pero como en este caso no se sabe a qué especie pueda pertenecer el propietario, es necesario poner la palabra *Fin* antes de tiempo. Y ahora, de pronto, Isaías, el grupo saca a relucir el asunto de las muertes perpetradas por los perros. Están leyendo todavía los textos de su creación. No puede faltar entre sus comentarios la presencia de los fedayines que viajaron cientos de kilómetros con el fin de pedir explicaciones al profeta Mohammed. Dicen que el Profeta no había tomado la decisión de eliminar de esa manera tan brutal todos los perros existentes por razones de salud pública, sino que la verdadera causa era que estos acostumbraban acercarse a las tumbas y escarbarlas con sus patas para comer los restos encontrados. Isaías, el señor Antón parece estar de acuerdo con la idea de que la interrupción del diálogo mantenido entre el burro y el caballo fue el motivo para que los dos viajaran a establecerse en otra comarca. Pero anota que olvidaron llevar sus instrumentos musicales. Ah, Isaías. ¿Tú crees que el señor Antón sea de aquellos que exigen que me cubra la cara con un fardo?... ¿Te puedo pedir un favor, Isaías?... Sé que ni siquiera te vas a dignar a contestarme. Sin embargo, ¿crees que si te conduzco nuevamente hasta el señor Antón lo olerías, ahora sí, para decirme cómo es realmente? Le puedo insinuar que quizá sea mejor, dadas sus circunstancias, que se acueste boca arriba y no haga ningún movimiento. Preguntan ahora que quién es el autor, y la respuesta es que no hay. El verdadero creador, Isaías, es la luz sobre la luz. Ana interviene y habla de una rifa que está organizando para mantener una vivienda para ciegos. Déjate ganar sólo hoy en el ajedrez, le dice no sé quién al señor Antón. Final del libro. Ahora sí, creo que en estos momentos, Isaías, estoy ya verdaderamente preparada para transmitirme el curso que el escritor contratado nos ha venido dictando. El maestro pretende llevar a cabo con el grupo un taller donde aprendamos a hacer nuestros propios libros. De ese modo, en las vacaciones, por ejemplo, cada uno de nuestros compañeros podrá trabajar en sus obras sin tener que recurrir al exterior para contar con algo para leer. ¿Qué es un agrimensor, Isaías? ¿Alguien que mide la

tierra? Las voces ahora se cortan. Ignoro lo que está sucediendo. Aunque alcanzo a oír a lo lejos la voz del maestro. Dice que, según nosotros, el Lailajilalá parece querer convertirse en la Nada. Luego se echa a reír. No sé qué le contestan. El maestro nos pide que expresemos, como podamos, lo que hayamos escrito. El grupo pone excusas. Alguien quiere narrar en vez de leer, y el maestro dice: no. Que debe leer y no contar, principalmente porque el autor no suele venir pegado a su libro. Azucena pone en una bocina la grabación que había trasladado de su memoria portátil y nadie entiende nada. Antes de esperar una aclaración, todos se despiden. Se van a ir un rato; tienen ganas de tomar algo, eso es lo que dicen. No me lo vas a creer, Isaías, pero a la distancia se escuchan unos ruidos que asemejan balas disparadas una detrás de otra. Sólo algunos preguntan por lo que sucede. Otros salen a ver. El maestro pide que se guarde la calma. Que debe tratarse de alguna pandilla haciendo fuego. Exhorta entonces al grupo que nos tiremos al suelo. Los ruidos continúan. Al final, alguien que está dentro de una casa sale por la ventana y se va con dirección a un hotel. El maestro dice que el fugado no ha entendido nada. Se habría imaginado otra reacción del personaje de Azucena; cualquiera menos que se dirigiera al hotel, en medio del fuego cruzado, a averiguar sobre la posibilidad de alguna habitación disponible. El maestro pregunta ahora al resto del grupo qué nos pareció el texto. Isaías, disculpa, recién comprendo que el asunto de las balas provino de un relato que yo, erradamente, tomé como si estuviera ocurriendo de verdad. Qué susto me llevé; lo debo admitir. Pero lo que sí no entiendo, querido hermano, es la razón por la que nuestros compañeros continúan leyendo, si ya, hace mucho rato, tanto el maestro como el cronista dieron por finalizado el curso. El señor Antón comienza a hablar sobre un carpintero. Uno proveniente de Puente Grande. Nos cuenta que al atardecer llevaron a la horca a ese pobre artesano. El maestro afirma que esa salida le parece un recurso fácil. Condenar de esa forma a un personaje lo hace cualquiera que no cuenta con algo interesante que expresar. Yo creo que hasta aquí llego, Isaías. Estoy agotada. Apenas si oigo lo que están diciendo. En cambio, me parece más importante informarte que no me molesta lo que implica que no nos separemos jamás. Llévate al baño en las madrugadas sabiendo que los perros se encuentran merodeando. Que te permita jugar con mi cuerpo. Nada de eso me incomoda; me inquieta solamente la curiosidad que me produce experimentar con otros. Imagino que serán iguales pero, al mismo tiempo, diferentes. Lo importante entre nosotros, debes entenderlo ya, son otras cosas. Por ejemplo, que escriba sin parar con el fin de que no te sientas abandonado en medio de la nada. Aunque recién tome conciencia no sólo de que desconozco las razones por las cuales nos hallamos viviendo en este pabellón sino de que nuestra madre nos haya abandonado de ese modo en este lugar. Hace unos días el cronista nos informó que debemos darnos cuenta de que las jaurías de perros también forman parte de nuestra realidad. No sé por qué el maestro se refiera ahora a un libro que trata de vacas. Afirma que lo ha escrito una autora conocida suya, Lydia Davis. Que digan lo que les parezca. Lo siento, querido hermano, no hay tiempo para explicarte la razón por la cual Aníbal lleva ese nombre. Ya, Isaías, guarda tus cosas. Esta noche saldremos un momento juntos por los senderos de la Colonia de

Alienados Etchepare. No olvides que también para mí eres mi pequeño Lailajilalá.

FIN

